



La Esfera

Año IV ◊ Núm. 160



SEGOVIA

La hidalguía castellana
 rima madrigales sabios
 á la mujer segoviana,
 que tiene, rosa galana,
 HENO DE PRAVIA en sus labios.

UJB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General



Precio: 50 cénts.



la
Siroline "ROCHE"

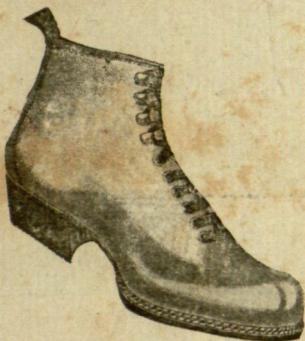
es el regenerador de los pulmones
cura radicalmente

*Resfriados
Bronquitis
Tos ferina
Catarros
Asma*

Precave la Tuberculosis.

PROFFMANN-LA ROCHE y C^o, París.

GRANDES FÁBRICAS
"CALZADOS LA IMPERIAL"
Producción diaria: 1.000 pares
Madrid - Bilbao - San Sebastián - León



COMO ESTE MODELO

Brodequin pieza becerro engrasado, doble suela, para caballero, ptas. 16.
Igual, en ternera engrasada, ptas. 18

Envíos a provincias. Pedid catálogo. Apartado 559. Madrid.

¿Quiere Ud. crecer 8 centímetros?



Lo conseguirá pronto, a cualquier edad, con el grandioso **"Crecedor Racional"**. Proedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedir explicación, que remite gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia. Tratamiento, 30 pesetas. Dirigirse: Prs. ALBERT, PI Y MARGALL, 38, VALENCIA

SE VENDEN
los clichés usados en esta revista.
:-: Dirigirse a Hermosilla, 57 :-:

PERLAS DE ORO

MARAVILLOSA MEDICACIÓN MODERNA
— CURAN CON GRAN RAPIDEZ —

LA IMPOTENCIA

en todos sus casos y edades. Espermatorreas, pérdidas seminales, etc., etc.

6 Ptas., tubo en principales farmacias de España y Madrid, Arenal 2 y Puerta del Sol 5. - Barcelona San Pablo 18. Adoptadas por la DIRECCION DEL GRAN CONSULTORIO CLINICO de Barcelona, calle Rambla de Canaletas 1-3, principal. Los enfermos que deseen recibir las o consultar por carta deben dirigirse al mismo. Remite gratis folleto explicativo, datos consultas, etc. Gran reserva.

En la ESCUELA

BERLITZ

no os enseñaremos más que idiomas, pero os los enseñamos bien :-:

PRECIADOS, 9

SEÑORAS

No tener hijos desune matrimonios, es causa de disgustos y muchas veces de pérdidas de intereses. El tratamiento **Roegel** cura fácil y sin molestias la esterilidad de la mujer. Pedir prospectos gratis a la **Clinica Mateos**, Arenal, 1, Madrid.

Obras de "El Caballero Audaz"

DESAMOR Novela. Traducida al francés y portugués. Dos ediciones..... 3,50 pesetas.

LA VIRGEN DESNUDA Novela. Traducida al italiano, francés y portugués. Tres ediciones..... 3 pesetas.

EL BREVIARIO DE BLANCA EMERIA Novelas cortas..... 3 pesetas.

LO QUE SÉ POR MÍ Conversaciones con celebridades de nuestro tiempo. Primera serie..... 3,50 pesetas.

EL POZO DE LAS PASIONES Acaba de publicarse. 3,50 pesetas.

EL REDIMIDO Comedia..... 1 peseta.

EL LIBRO DE LOS TOREROS 2 pesetas.

:-: De venta en todas las librerías de España y América :-:

Brevemente se pondrá á la venta la segunda serie de

LO QUE SÉ POR MÍ
del mismo autor

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

COMPañY FOTÓGRAFO
Fuencarral, 29, MADRID

Pears' Jabón



Buenos días!
¿Ha usado Ud. Pears' Jabón?

Biblioteca de Comunicación
Biblioteca General

A. & F. PEARS LTD LONDON.

La Esfera

20 Enero 1917

Año IV.—Núm. 160

ILUSTRACION MUNDIAL



MADRILEÑA, dibujo de Ochoa

UNA NUEVA OBRA ESCULTÓRICA DE INURRIA



Detalles del proyecto del monumento que se erigirá en Córdoba, á la memoria del ilustre hombre público D. Antonio Barroso; obra del insigne artista Mateo Inurria

FOTS. SERRANO

DE LA VIDA QUE PASA

LA MUJER FATAL

EN cuanto un hombre comete una tontería ó una locura, ya están la curiosidad y la suspicacia buscándole por los alrededores ese tipo de mujer que el literatismo ha dado en llamar fatal.

Pero vamos á cuentas: ¿buscan un mito ó una realidad?

Yo creo que es llegado el momento de gritar que la mujer fatal, como tipo, no existe.

¡Y en España, muchísimo menos!

Se puede admitir que haya personas funestas á otras; pero sin distinción de sexo, y nada más. Un hombre puede serlo á otro hombre y una mujer á otra mujer.

¡La mujer fatal! ¿Quién no ha encontrado una, por lo menos, en su vida? Todos la hemos sufrido una temporada, hasta que un buen día... ó le hemos sido funestos, en vez de sérnoslo ella á nosotros, ó le hemos vuelto la espalda, humillando su soberbia, en la que nos creía rendidos é incapaces de abandonarla y de libertarnos de sus hechizos.

Lo que pasa es que, rechazado de las novelas el elemento sobrenatural como motor de emociones, no creyendo ya en el demonio del infierno, se ha inventado otro: la mujer fatal. En realidad no ha costado mucho trabajo el inventarlo ni el creérselo luego. En primer lugar, la filosofía, la literatura, las leyes, los periódicos, han sido patrimonio de los varones, y los hombres, para justificar sus debilidades, han imitado siempre al padre Adán y han atribuido á la mujer toda la malicia del demonio. Luego, la mujer ha llevado á la filosofía, la literatura y la prensa, la influencia ancestral de hablar mal de su propio sexo, y su espíritu de imitación ó su espíritu sugestionado, no le han permitido una visión clara é independiente de la psicología, ni expresión original. Obsérvese bien—si no se ha observado ya—, para no ir más lejos, á nuestras escritoras. En casi todas se verá una imitación por lo menos del estilo de un escritor masculino. Son masculinas. Somos muchos los que hemos sufrido enorme decepción al buscar en la literatura creada por mujeres, revelaciones de su mundo espiritual y aun de su fisiología... Siempre aquellas revelaciones nos llegaron ó por nuestra propia experiencia ó por pluma masculina. Las mujeres ven á la mujer peor que nosotros quizá, porque sus voliciones y sus pensamientos no les chocan por serles habituales. En cambio á nosotros nos chocan más y nos impulsan á la meditación y al análisis.

Por si lo expuesto fuese poco, desde la infan-

cia se nos incrusta en el alma la idea de que la perdición del género humano vino por Eva y no por Adán, y no tenemos en cambio presente que de otra mujer nació el Redentor del mundo.

Para ahuyentarnos y espantarnos del pecado, la Religión, cuyos predicadores han sido siempre los hombres, nos ha pintado á la mujer como causa de todo mal. Así, de prisa y corriendo, recuerdo por de pronto el *Eclesiastés*: «Feliz quien posea una mujer que no esté loca. El principio del pecado ha sido hecho por la mujer, y por ella morimos todos.» Y los *Proverbios*: «Es más cómodo habitar una tierra desierta, que con una mujer de mal humor y en cólera». «Y yo he hallado la mujer más amarga que la muerte; todo redes y lazos y trampas es su corazón; el bueno, delante de Dios, escapará de ella; mas el pecador será preso en ella». De mil hombres, he hallado uno bueno; de todas las mujeres, ninguna». «Toda la malicia del mundo es poca al lado de la de la mujer. La iniquidad del hombre es mejor que la buena acción de la mujer».

Y San Agustín: «La mujer es más terca que el hombre, porque tiene más infidelidad, ambición y lujuria que él».

Y San Juan Crisóstomo: «La mujer es la puerta del diablo, el camino de la iniquidad, la herida de un escorpión, un género perjudicial y dañino en todo».

Y San Gregorio: «Una mujer tiene el veneno del aspid; la lengua de una serpiente, los ojos de un basilisco, el artificio de un dragón y la malicia del mundo, no es nada comparada con la de la mujer».

Y San Jerónimo: «Una mujer buena es más rara que un fénix».

Y San Bernardo, en su sermón 52, dice: «*Mulier est organum Diaboli*».

Y Tertuliano. «El odio del Diablo no es tan de temer como el de la mujer, porque si hace daño es sólo; pero la mujer está auxiliada del espíritu maligno para ejercer su furia contra el que la haya contrariado lo más mínimo».

Orígenes dice que la mujer es el amo del pecado, las armas del Demonio, el destierro del Paraíso, la madre del delito y la corrupción de la primera ley.

Caton, que la prudencia y la razón son incompatibles con el espíritu de la mujer, que no tiene otra cosa que ambición en la cabeza.

Y luego, de chascarrillos más ó menos históricos y veraces no hablemos. Que Pitágoras, habiéndole preguntado por qué había dado su hija en matrimonio á su mayor enemigo, contestó:

«No podría vengarme mejor que dándole una mujer. Que nada más malicioso hay en el mundo».

A principios del siglo XVII corría, no sólo por España, sino por el extranjero, esta máxima:

«Si el cielo fuera papel y la mar tinta, los peces escribirían y cada uno siete manos, no fueran bastantes para escribir la malicia de una mujer».

Si el filósofo y el literato varones han escrito así, ¿cómo queréis que escriba el periodista, reflejo de aquél no pocas veces y en la mayor parte de ellas literato también? Y sobre todo, ¿cómo queréis que escriban los literatos si las *literatas* se han dado á imitarlos en todo tiempo?

Ahora mismo, con motivo del crimen de los envenenadores, lo natural habría sido que las escritoras hubiesen plumado largo en defensa de su sexo. Ha ocurrido lo contrario.

Y tal es ya la fe en el tópico de la mujer fatal, que hasta se ha dicho que la marquesa de Brinvillier fué la que le sugirió á su amante la idea de envenenar á su familia. Y es un error. M. Gayot de Pitaval, en el tomo I de sus *Causes célebres é interessantes avec les jugements qui les ont décidées*, Amsterdam MCCLXXV, página 270, línea última, dice: «*Saint Croix* (el amante), *lui fit étouffer tous les sentiments de la nature, pour la déterminer á empoisonner son pere et toute la famille*»; y en la página siguiente añade: «*Saint Croix* se alababa de que siendo dueño del corazón de la marquesa, sería también dueño de la fortuna que ella heredase». Dígase ahora quién fué fatal al otro. Quizás el más fatal lo fuese—como en casi todo adulterio—el marido, que no supo inspirar ni amor ni respeto.

¡La mujer fatal!

¡Qué delicados somos los varones! Uno de nosotros que caiga víctima de su propia debilidad, de su propia estultez ó de sus propias y malsanas pasiones más que de la perfidia femenina, y salimos todos los del sexo fuerte gritando que el débil se impulsó y achacándolo á la fatalidad de una mujer.

En cambio hay millones de mujeres gimiendo bajo una mala vida, obra de la mala sangre del hombre—lo mismo en la esclavitud conyugal ó en la del trabajo que en las infamias del vicio—, y ellas no hablan ni escriben contra el *hombre fatal*.

La mujer fatal en la literatura española es invención poco vieja... Precisamente el patrón clásico de persona fatal es masculino: Don Juan Tenorio...

E. GONZÁLEZ FIOLE

LA ACCIÓN DE ITALIA EN LA GUERRA



UNA BATERÍA ITALIANA DESFILANDO POR LAS MONTAÑAS DEL CARSO, EN UN CAMINO IMPROVISADO POR LOS INGENIEROS MILITARES

DIBUJO DE MATANIA

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



CAPRICHIO, cuadro de Gil y Roig

LA CELEBRIDAD

MIL veces se ha dicho y se ha probado que la celebridad que tanto se ambiciona es una vanidad y un sueño. En efecto, es una vanidad si como vanidad se anhela; pero no lo es si como medio se busca y se apetece. Lo que yo envidio á los hombres famosos, más que su popularidad y su renombre, es el privilegio de que disfrutan de ser oídos antes de ser juzgados, y digo privilegio, porque con la mayoría de los hombres no ocurre esto, y se les juzga y hasta se les condena sin oírlos.

Cuando una persona de alta jerarquía tiene que declarar ante un juez, es el juez el que se traslada á su domicilio para oír su declaración; cuando el testigo es un simple mortal, se le cita, y en paz. Así, cuando juzgamos á los grandes hombres, acudimos nosotros á su terreno, y cuando juzgamos á los hombres vulgares, los obligamos á acudir al nuestro. Escribe un autor notable, por ejemplo, acción de estribo con una sola c, que es como debe escribirse, y los que están acostumbrados á escribir y pronunciar acción, que son el noventa y nueve por ciento de los que emplean la citada palabra, se quedan perplejos y sorprendidos, porque vacilan entre el respeto á la fama del escritor ilustre y el que sienten ante su propia convicción; si son atolondrados y superficiales, se contentan con decir que es una errata; pero si son prudentes, suspenden su juicio y acuden al Diccionario, donde aprenden lo que ignoraban; pero cuando se trata de un autor mediocre, cae sobre él la sentencia condenatoria é inapelable con que la petulancia castiga á los que se permiten el atrevimiento de saber algo que la mayoría ignora, sin haber conseguido previamente la fama y la nombradía que el vulgo cree indispensable para saber las cosas.

Un personaje de Palacio Valdés sostiene, discutiendo con otro, que debe decirse *azorar* y no *azarar*, pero todos los presentes dan la razón al que lo dice mal, porque así lo dicen ellos también. El insignie novelista prueba en este episodio que conoce á los hombres, porque todos hemos presenciado escenas semejantes.

Coinciden dos autores en una apreciación, en una idea ó en el argumento de una obra, y el pueblo soberano llama *plagiario* al desconocido, y *original* al famoso, porque en arte y en literatura el que litiga por pobre pierde el pleito.

Cada vez que consagramos un nombre, nos parece que perdemos algo de nuestra personalidad y de nuestra fuerza, y por instinto de conservación—una vez consumado el sacrificio de reconocer en alguien cualidades superiores—preferimos seguir acumulando en él nuevos méritos y nuevas excelencias, á tener que consagrar otro nuevo, reconociendo al hacerlo que no sólo entre los famosos—que, en cierto modo, nos deben su fama—sino entre los desconocidos—que nada nos deben—hay también quien nos supera y nos aventaja.

En uno de los *Diálogos* de Platón, el sofista Georgias, apremiado por Sócrates, exclama: «¡No puedo contradecirte, oh, Sócrates!» «Lo que no puedes—replica el maestro—es contradecir á la verdad, que contradecir á Sócrates es cosa fácil.» La mayoría de los hombres cree, con el sofista, que lo que daba autoridad á las palabras del filósofo era, no la razón, sino la fama de quien las decía, y cuando asisten á una controversia ó á una discusión cualquiera, les cuesta mucho trabajo reconocer que no siempre acierta el de más nombradía.

Cuenta el conde de Ségur en sus *Memorias* que cuando Voltaire estuvo en París para asistir á su propia coronación ó apoteosis, fué á visitar á su madre, que estaba enferma y postrada en el lecho, y que al oír la quejarse de que su estómago no podía digerir ningún alimento, la dijo: «Condesa, cuando yo estoy así, me sienta muy bien la leche con yemas de huevo.» Entonces, uno de los

admiradores del Patriarca de Ferney, no pudo contenerse y dijo con voz baja y velada por la emoción: «¡Qué hombre! ¡No sale de su boca una palabra que no sea un rasgo de genio!»

Hoy ocurre un fenómeno digno de tenerse en cuenta: como los medios de publicidad han aumentado en progresión geométrica, y sólo en progresión aritmética los medios de publicación, el conocimiento que el público tiene de los hombres que valen es cada vez más indirecto y menos fundamentado. La clasificación que de buenos y malos hacemos, imitando al Arcángel San Miguel en esgrimir la espada de fuego, pero no en usar justamente de la balanza, no se basa generalmente en regla ni en criterio alguno, y colocamos á nuestros semejantes entre los elegidos ó los réprobos, bastándonos para ello con seguir ciegamente la opinión del periódico á que estamos suscritos.

Y como nuestra pereza intelectual nos hace defender las ideas de los demás con mayor encarni-

á quienes la adulación hincha y ensoberbece, el que se ve postergado rabia y se desespera, y el que ocupa un lugar que no merece se desprecia á sí mismo, mientras los demás le aplauden y le ensalzan.

Así como la posición desahogada de quien desempeña ciertos cargos nos hace suponer que no los desempeña por lucrarse, la celebridad y la fama de un hombre nos basta para presumir que éste, cuando hace algo, persigue un fin más elevado que su propio provecho. «¡Ese quiere llamar la atención!» se dice despreciativamente de todo aquel que, con razón ó sin ella, pretende que le escuchen cuando habla. La famosa pregunta «¿Quién es Pedregal?», que se repite mil y mil veces, tiene la funesta virtud de hacer vacilar al prudente y de animar al audaz que, como empieza por despreciarse á sí mismo, sólo quiere que suene su nombre y que la gente le conozca, porque la experiencia le ha enseñado que el público paga mejor y con más gusto el ruido que las nueces.

Pero el que sincera y honradamente trabaja, poniendo la vista en el resultado definitivo, y aspira á realizar una obra fecunda y duradera, se contenta con alcanzar aquella fama que es indispensable para no predicar en desierto, pues sabe que la obra verdaderamente grande es siempre superior al autor, porque el germen enraizado en ella, cuya fecundidad nunca muere, al desarrollarse y fructificar indefinidamente, supera las esperanzas del que la concibió. Así Colón, buscando un camino, encontró un mundo; así Cervantes, tratando de hacer una sátira, escribió el libro insuperado é insuperable; porque los genios consiguen que los demás hombres colaboren con ellos y perfeccionen su obra y, en cierto modo, la completen.

Pero lo mismo para el genio que para el que no lo es, hay un momento en que el porvenir de su obra y el suyo se deciden, y este momento es el que hay que pedir á Dios que nos sea favorable, y esto sólo gracias á la fama se consigue, pues así como ha dicho Benavente que á Don Juan Tenorio le costarían algún trabajo las primeras conquistas, pero después lo pondrían todo las mujeres, podríamos decir que en las primeras obras todo lo tenemos que poner nosotros; pero, una vez conseguido el triunfo y lograda la celebridad, es el lector el que se afana por encontrar en ellas bellezas y primores, persuadido de que va á quedar mal si no acierta á ver lo que los demás han visto.

Puede decirse que con cada obra famosa se repite una vez más el milagro de que vean los ciegos y oigan los sordos, y se renueva el caso de *El retablo de las maravillas*.

Por eso, en el mundo, como en las tablas, son más fáciles de desempeñar los primeros papeles que los que en la jerga teatral se llaman *embolados*, y son muchos los que podrían contestar lo que Escipión cuando le censuraban por no saber ser soldado: «Es cierto, pero he sabido ser capitán.» Por eso, cuando se lee á un autor desconocido y su obra nos parece mala, nos quedamos tan frescos, diciendo que el autor es un infeliz; pero cuando leemos *La Iliada* ó el *Quijote*, el denigrante calificativo, á ser pronunciado ó imaginado siquiera, recae sobre el lector que no se atreve á juzgar á Homero ó á Cervantes, sino que se juzga á sí mismo, y que busca mil artificios y sofismas para convencerse de que le deleita lo que le aburre y de que admira lo que no entiende, porque siempre es triste cargar durante la vida con el sambenito de ignorante ó de hombre de mal gusto, y más triste aun tener que aguardar á la hora de la muerte para decir de cualquiera de los autores consagrados por la fama universal lo que D. Ventura de la Vega

MANUEL DE SANDOVAL

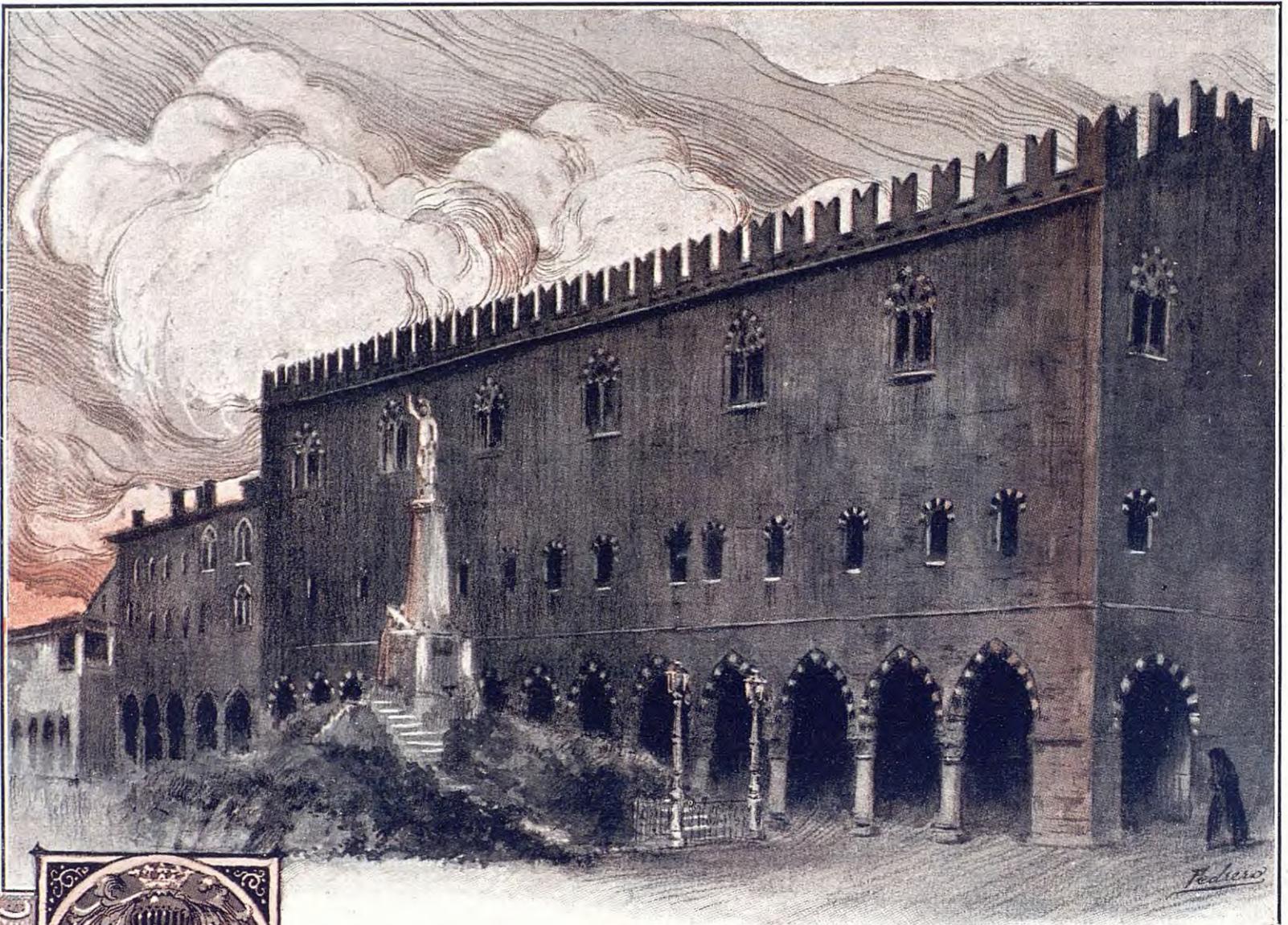


EL DANTE

zamiento que si fuesen nuestras, porque no son las ideas las que penetran en nosotros, como rayos de luz ó como espadas, sino que somos nosotros los que nos aferramos á ellas, como si fueran salvavidas; como por haberlas adquirido como se adquieren los trajes hechos, de prisa y á poco coste, pero para usarlas á diario, sin modificarlas ni rectificarlas jamás, damos á nuestra falta de juicio la solemnidad y la importancia del Juicio final, y á la diestra ó á la siniestra tienen que permanecer, por los siglos de los siglos, los que allí hemos colocado caprichosamente, con la agravante de que no hay límite ni medida en el vituperio ó en la alabanza, ni término medio entre la condenación y la apoteosis.

Vivimos en los tiempos desdichados de los específicos que todo lo curan y de parlanchines que todo lo saben, y no pasarán de una docena los artistas y escritores cuya fama esté nivelada con su mérito. Unos por caria de más y otros por carta de menos, casi todos somos acreedores ó deudores del público. Y como—dígase lo que quiera—son pocos los hombres que no conozcan y aprecien mejor que nadie su propio valer y que en su fuero interno no se juzguen con estricta justicia, son muy contados los que están satisfechos, pues, fuera de los genios, que se imponen, y de los fatuos,

VIAJANDO POR ITALIA □ MANTUA



LA PLAZA SORDELLO Y EL PALACIO DUCAL

QOMO reclusión de silencio y de misterio, contrastando con la animación de la próxima plaza *delle Erbe*, donde el gran reloj habla á cada momento con la voz de su campana, que silabea las horas dejándolas caer desde lo alto de la vieja torre de ladrillo sobre las tendaleras de lona del mercado, sobre la muchedumbre que invade el lugar por la mañana y sobre la gente que torna arriba y abajo al abrigo de los soportales.

El sitio no es paso á que obligue el movimiento de la urbe, salvo para el teatro Regio las noches de función, y para los fieles, eclesiásticos y empleados que se enderezan á la Catedral, al palacio del Obispo ó á los Archivos del Castillo. Así, de que el vésper tiende su velo de sombra, los transeuntes escasean y apenas si entonces se oyen pisadas: algún señor anciano ó alguna abuela que van al rosario, algún servidor de su Ilustrísima que habita en la mansión episcopal ó algún soldado de los que se alojan en el cuartel acomodado en parte del palacio Ducal.

En esas horas silentes es cuando la regia morada adquiere su mayor encanto. El ruido de la población, como que atenúa el atractivo de los edificios del pasado, parecen, en tal sazón, defi-

nitivamente muertos, sin otro interés que el arqueológico. La soledad les devuelve su vida legendaria, de intensa poesía, y entonces renacen y alienan con la fuerza de los tiempos en que no eran una mera curiosidad artística legada á la posteridad. Tal sucede en Mantua con la Corte Reale, que se alza en el ángulo Nordeste de la plaza de Sordello. El viejo palacio Ducal, tendido en uno de sus costados, es una enorme masa roja que recuerda á su congéne de Venecia. Como él posee, en el «pian terreno», una larga arquería ojiva descansando sobre esbeltas columnas, una línea de ventanas góticas ajimezadas y otra de almenas coronando el edificio. La pátina de los siglos y la robustez de la fábrica prestan á la fachada singular nobleza. Resulta propiamente una mansión regia.

Envuelto en la noche y á la luz ó al resplandor de los faroles y de los focos eléctricos, ¡cómo hace sentir! Yo admiro la vida, el arte, el movimiento de Turín, de Milán, de Florencia, de Nápoles, de Roma. ¿Quién no se entusiasma con sus múltiples monumentos, con el ambiente de grandeza que les forma un nimbo inmortal. Pero para soñar, para libar la dulce poesía de una etapa de misterio, para vivir en un ayer glorioso de más íntimo encanto, es preciso recorrer esas ciudades muertas, de tercer orden, de Italia, regidas, un día, por un prócer, mecenas de poetas y pintores, por un Scaligero, un Visconti, un Este, un Gonzaga, es preciso venirse á Verona, á Pa-

vía, á Módena, á Mantua, á sumarse á sus recuerdos y á su silencio. Las grandes ciudades hablan á la imaginación, abumándola con sus esplendores, los burgos pequeños aceleran, ante todo, los latidos del corazón con su nota de aislamiento y reposo que no perturba el estruendo como en las urbes populosas modernizadas.

Mantua son los Gonzaga. Mantua tuvo no un hombre, sino una serie de hombres consagrados á engrandecerla, una dinastía gloriosa de gobernantes artistas, con todas las pasiones y debilidades propias de un poder omnívoto y personal, pero con todas las iniciativas que acompañan á estos poderes. De tiempos de Luis III es San Andrés, el templo más grandioso de la ciudad, de imponentes proporciones y elegancias clásicas, con su fachada de mármol y sus frescos de Mantegna. De la misma época es el Castillo de Corte, donde también dejó Mantegna huellas inmortales de su pincel. De Federico II, ya en pleno Renacimiento, es el Palacio del Té, destinado á finca de verano de los señores, y que más parece serlo á glorificar á Julio Romano, que lo cuajó de frescos soberbios, entre ellos el famoso de los Gigantes.

Pero aun hay otra nota más interesante, más íntima, que parece como espiritualizar á ese palacio Ducal, tan romántico, de la plaza de Sordello: la habitación de Isabel de Este, esposa del Duque Juan Francisco III y hermana de Alfonso de Ferrara. Cuando yo recorrí la suntuosa morada apenas si presté atención á los restantes salones, y

eso que los hay soberbios con pinturas de Julio Romano. Mi mente se anticipaba á mis pies, en busca del Paradiso, el gabinete en que moraba la ilustre dama inmortalizada por Tiziano, el magnífico retrato de la cual había yo admirado en Viena, en 1909. La estancia, consonante con su dueña, es una pieza minúscula, de fino roble primorosamente tallado, con bajorrelieves de marfil. Se adivina en ella un pensamiento grave y á la vez una delicadeza femenil. Y se adivinan también las largas soledades satisfechas, las horas consagradas á la lectura de los poetas favoritos. Allí oía á los músicos, allí recibía á los pintores. Todos los intelectuales y los artistas de su tiempo conocían aquel encantador retiro, en que sabían que se les rendía un culto. Contemplando de noche el palacio, desde la plaza Sordello, siempre pensaba yo en ese nido romántico de una mujer soñadora y me la imaginaba siglos atrás, en esa misma hora, en el silencio de la ciudad dormida, con su culta deidad devorando las páginas de un libro de amores.

La última curiosidad que en el Palacio se enseña es la aposentación de los enanos y bufones, una serie de estancias pequeñísimas, como destinadas á los minúsculos histriones de la Corte; son varias piezas de mísero aspecto y desolada desnudez. La palabra bufón hizo surgir en mi mente una idea y evocar un recuerdo que quizás sin tal visita no hubiera salido de las simas de la memoria. ¡Es verdad!—me dije al volver á pisar las losas de la plaza Sordello. Parecióme oír en el silencio del sitio una frase musical: *La donna e mobile!*... Y entonces caí en la cuenta, por vez primera, de que me hallaba en la patria de Rigoletto!

LA CASA DE RIGOLETTO

Su emplazamiento y su traza no pueden ser más armónicos con la posición social del personaje que la da nombre. Rigoletto vivía en la fastuosa corte de los Duques de Mantua, alternando con los magnates, asistiendo á sus saraos; era una figura saliente de aquella áurea familia de los Gon-

zagas, figura grotesca, figura cómica, figura sin dignidad, figura cínica, como encargada de mantener la risa entre los cortesanos; pero, por eso mismo, figura saliente. Su lengua era un puñal, una daga sutilísima que hería emboscada tras las ofensivas de un epigrama sangriento. A un noble habríale valido una estocada ó un tósigo la transparente alusión á una aventura cuya publicidad entrañaba un deshonor. Al bufón se le permitía todo, estaba dentro de su oficio; sólo los chistes que hieren provocan la carcajada. El bufón reía su gracia, reíanla los próceres. Se le despreciaba y se le pagaba con unas doblas de propina, y como divertía, se buscaban su tirso y sus cascabeles de payaso.

Así la casa, no lejana del Palacio. La vivienda del bufón es una casita pequeña, vulgar, humilde, plebeya, de irregular traza. Sobre su puerta de arco de medio punto se alza como una solana, cuyo tejado sostienen cuatro postes y que se prolonga hacia el interior, constituyendo un al modo de mirador á la calle y á un patio que no se ve desde fuera, oculta una enjabelgada tapia que por encima de su bardal deja asomar un desmedrado arbolillo.

¿Quién no ha oído la encantadora ópera del Verdi, como dicen los italianos? ¿Quién no ha tarareado la famosa romanza «la donna *inmobile*», como dicen muchos españoles? La musa lírica del gran maestro ha popularizado en el mundo entero la tragedia íntima del pobre bufón.

Aquel despojo humano vestido de arlequinesca manera, aquella carcajada, con cara de hombre, ocultaba un corazón. La risa sentía y amaba. La mueca grotesca de la hilaridad continua que le exigía el penoso deber de divertir al amo, la frase acerba y cortante, destinada á volar del palacio á la ciudad, como una flecha envenenada, eran una máscara, eran el oficio. Lejos de la picota, de las estancias ducales, brotaba la sonrisa honrada y beatífica del pobre paria, que ahí, en esa casita, hallaba la dulce compensación á las dos deformidades que abrumaban su vida: la de su empleo y la de su figura.

Tenía derecho á ser feliz y lo era como las cir-

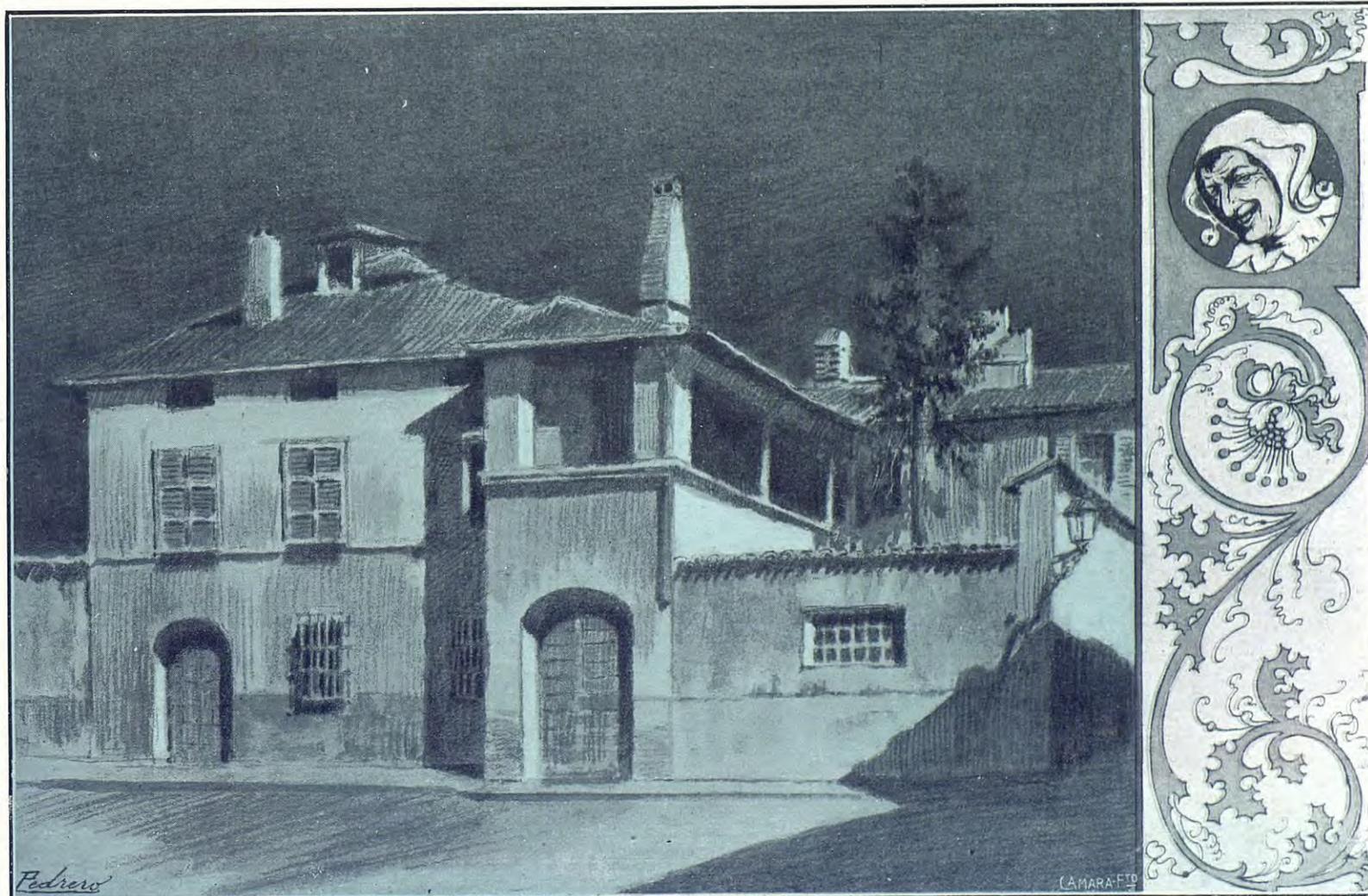
cunstancias se lo consentían: en el silencio, en la obscuridad, en el anónimo. Tenía una hija, una linda doncella, y la tenía ahí, en esa casita humilde, escondiéndola cuanto le era dable á los ojos libidinosos. Todas sus amarguras se quedaban en el umbral de esa casita. Dentro la sonrisa pura, la palabra atenta, la luz de un amor celeste, hasta su dignidad humana reconocida; un rincón á mil leguas del palacio del Duque. Y un día, el desgraciado histrion descubre horrorizado su desdicha. Su hija, la casta flor de pureza, ya no le pertenece tampoco: ha sido seducida por su egregio dueño y señor.

Contemplando á mis solas, en la serena noche primaveral, esos muros bañados por la luna, les he preguntado por el idilio y por la tragedia de que fueron forzosos testigos y encubridores. Ellos asistieron al candor de la hija y á la desesperación del padre. ¿Repercutieron en esa galería los primeros besos de pasión, los besos locos y desatinados de la pobre doncella, fascinada por los deslumbramientos del egregio galán, como una alondra por el espejuelo? ¿Supo esa galería de alguna cita de ternura en el misterio, aprovechando el sueño ó la ausencia del guardador del femenino tesoro? ¿Asistió esa galería á la terrible agonía de la risa, estallando en sollozos en el silencio de la madrugada, prorrumpiendo en rugidos, maldiciendo al palacio de su verdugo, amenazándole con el puño, conminándole con la venganza? ¿Quién lo sabe! Las paredes que contemplaron todos los grandes dolores del mundo, son unos sepulcros que guardan impenetrables el eterno secreto.

Quizás el drama no tuvo más vida que la de una de tantas fábulas brotadas de unos tiempos pasionales y licenciosos; pero al turista soñador y ávido de las cosas de la Italia vieja, de la Italia romántica, le enamoran tanto como las arquerías del palacio del Duque, que fué una realidad, las tapias de la casita de Rigoletto, que pudo ser una ficción.

ALFONSO PEREZ NIEVA

DIBUJOS DE PEDRERO



DESDE PARÍS
LA ÚLTIMA QUIROMÁNTICA



No está de más recordar que esta viejecita que en la última hora de su existencia se equivocó, y que murió lejos y sola, dió en el clavo muchas veces, para asombro de incrédulos, y en sus remotas mocedades fué heroína de algunas jornadas, en la eterna tragicomedia humana del amor

MADAME de Thèbes ha muerto como mueren las grandes figuras de la historia, como mueren los conquistadores, los tribunos, los profetas y los redentores: equivocándose...

La mágica decidora de buenas y malas venturas, la reina de la quiromancia, se jugó á una de sus cartas el prestigio de toda su vida y lo perdió. Nos dijo el fin de la guerra en 1914. Y pasó este año, y pasaron el 15 y el 16 y comienza el 17 su desfile sin que la guerra lleve trazas de acabar, pese á los tardíos escrúpulos de Mr. Wilson y á la rancia profecía de Madame de Thèbes.

En tales condiciones, la adivina, menos resignada que el Presidente, no podía, con decoro, subsistir á su descrédito.

Por ello sin duda, y también porque había cumplido ya los setenta y dos años, Madame de Thèbes se decidió á morir.

Y así como las hadas, al renunciar á la inmortalidad, iban á adormecerse en el gran sueño de eternidades allá en los más apartados y secretos refugios de la selva, así la pitonisa eligió, para cerrar sus ojos á la luz del mundo, la paz y la soledad de un rincón pueblerino, lejos de este París, teatro de sus

andanzas y de sus habilidades de embaucadora y de mujer...

Pues no está de más recordar que esta viejecita que en la última hora de su existencia se equivocó, y que murió lejos y sola, dió en el clavo muchas veces para asombro de incrédulos y en sus remotas mocedades fué heroína de algunas jornadas en la eterna tragicomedia humana del amor.

ooo

Ana Victorina Savigny era, hace muchos años, una bella muchacha que, á más de su hermosura, poseía un grande y sutil ingenio, y lo que aún vale más, ese prodigioso don de gentes que, unido á una acabada educación, constituye el arte supremo de agradar.

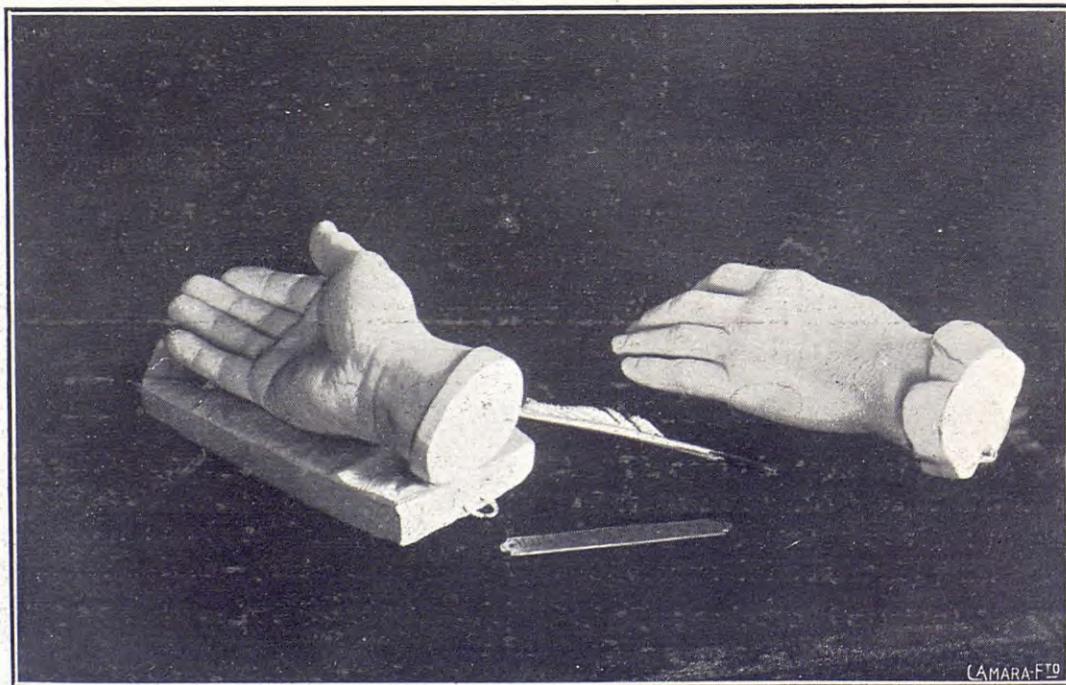
En esta moza, que adornada de tantas y tan valiosas cualidades pensaba consagrarse al teatro, cifró un gran cariño aquel príncipe de la fantasía que se llamó Alejandro Dumas.

Y al calor de este afecto y de esta tutela se incubó la nueva personalidad de la señorita Savigny: una personalidad que era hija de su propia inteligencia y de la imaginación desenfrenada del padre de Rocambole.

Así fué como, al perder en lozanía y ganar en experiencia, la ingenua y sencilla Victorina Savigny se convirtió en la compleja y maquiavélica Madame de Thèbes, maestra en la ciencia de alzar los velos del porvenir y de leer en el gran libro del destino aquello que «está escrito» y que para los espíritus superclarividentes traslucen los signos celestes, las cartas y la cifra misteriosa que el azar trazó en las palmas de nuestras manos.

ooo

Ellas eran para Madame de Thèbes pági-



Un "incanable" de la biblioteca de Madame de Thèbes: las manos de Alejandro Dumas

nas inteligibles y elocuentes. La «biblioteca» de la sibila contenía, vaciadas en yeso, todas las manos célebres que hacia ella se habían tendido implorando una limosna de ilusión... En las vitrinas de sus opulentos salones estaban, y aún estarán quizás, etiquetadas y catalogadas con igual cuidado que si fueran preciosos incunables, las diestras y las siniestras de cuantos hombres y cuantas mujeres *figuraron* sobre la escena del Boulevard durante el siglo pasado. Y no pocos «espíritus fuertes» dejaron así, en poder de Madame de Thèbes, una prueba irrefutable de cierta flaqueza de un momento.

Aquella buena y burguesa adivina, cuyos oráculos no eran para la plebe supersticiosa é indigente—que habla poco y paga menos—, sino para las personas *serias*, las que abundan en dinero y en palabras, aquella *«femme d'affaires»* que había transformado en hormiga casera la cigarra bohemia del cuento, basaba todo su poder de adivinación en esta sabia fórmula: hacer decir á las gentes todo aquello que debieran callar, y constituir, con las ajenas indiscreciones, un vasto archivo de conocimientos secretos perfectamente ordenados en la memoria.

Esta memoria, una memoria inaccesible al olvido y á la confusión, era el único auténtico prodigio de la prodigiosa Madame de Thèbes. No había historia, por compleja que fuera, ni había «lío», por oculto que se guardara, que no llegasen á oídos y á poder de la adivina, cuyo salón era el confesionario en donde, so pretexto de iluminar con claridad de previsión el futuro, se os hacia decir no sólo todo vuestro pasado y presente, sino también el presente y el pasado de todos vuestros amigos y enemigos. De tal modo, ocurría que no pocas personas, al acudir á la «ciencia» de Madame de Thèbes, escuchaban, boquiabiertas, la relación verídica de una existencia privada y no siempre recomendable que las dichas personas suponían ser tan sólo conocida de ellas y de Dios.

Y estas víctimas eran los más entusiastas y fervorosos apóstoles de la «doble vista» de Madame de Thèbes.

Forjose, pues, la leyenda, y gracias á ella, durante un cuarto de siglo, fué á buen seguro el salón de la pitonisa el más concurrido de París.



Fotografía de la mano de Emilio Zola, conservada por Madame de Thèbes, y anotada de puño y letra de la «adivina»

Y año tras año, Madame de Thèbes pudo enriquecerse y batir el *record* de las ediciones. «*à succès*» con las de sus famosos calendarios, sobre los cuales campeaba el elefante blanco de la buena suerte, con esta divisa que era compendio de sabiduría y de prudencia: «*Yo no engaño; yo advierto...*»

ooo

Por lo demás, en el ejercicio de la adivinación, Madame de Thèbes alcanzó algunos grandes éxitos. Predijo las muertes de Félix Faure y de Pío X. Predijo, en 1906, que Bélgica se vería arrastrada por grandes acontecimientos que ella no habría provocado, y que su suerte influiría sobre la de las grandes naciones, en tanto que Bruselas y otras ciudades sufrirían por el hierro y por el fuego. Predijo la revolución de China. Predijo que Alemania, pasado 1913, se jugaría el todo por el todo, y que esto originaría la guerra mundial. Predijo que Inglaterra lucharía, á la vez, con una revuelta interior y con un enemigo exterior, y que de ambos saldría victoriosa. Predijo, en fin, y el tiempo se encargará de comprobar ó de desmentir tal predicción, que el Kaiser alemán moriría loco, y que el Kronprinz sucumbiría bajo el arma de un regicida...

Tales fueron los grandes rasgos del oráculo público de Madame de Thèbes. Acerca de sus predicciones para la vida privada, ¿quién sabe cuando erró ni cuando acertó...? Tuvo el arte de hablar con bastante claridad para autorizar siempre una esperanza, y con la oscuridad necesaria para nunca negar la posibilidad de un dolor. Así, luego de escucharla, la humanidad partía satisfecha; y una hora más tarde olvidaba todo el bien prometido á medias, y todo el mal no desmentido del todo.

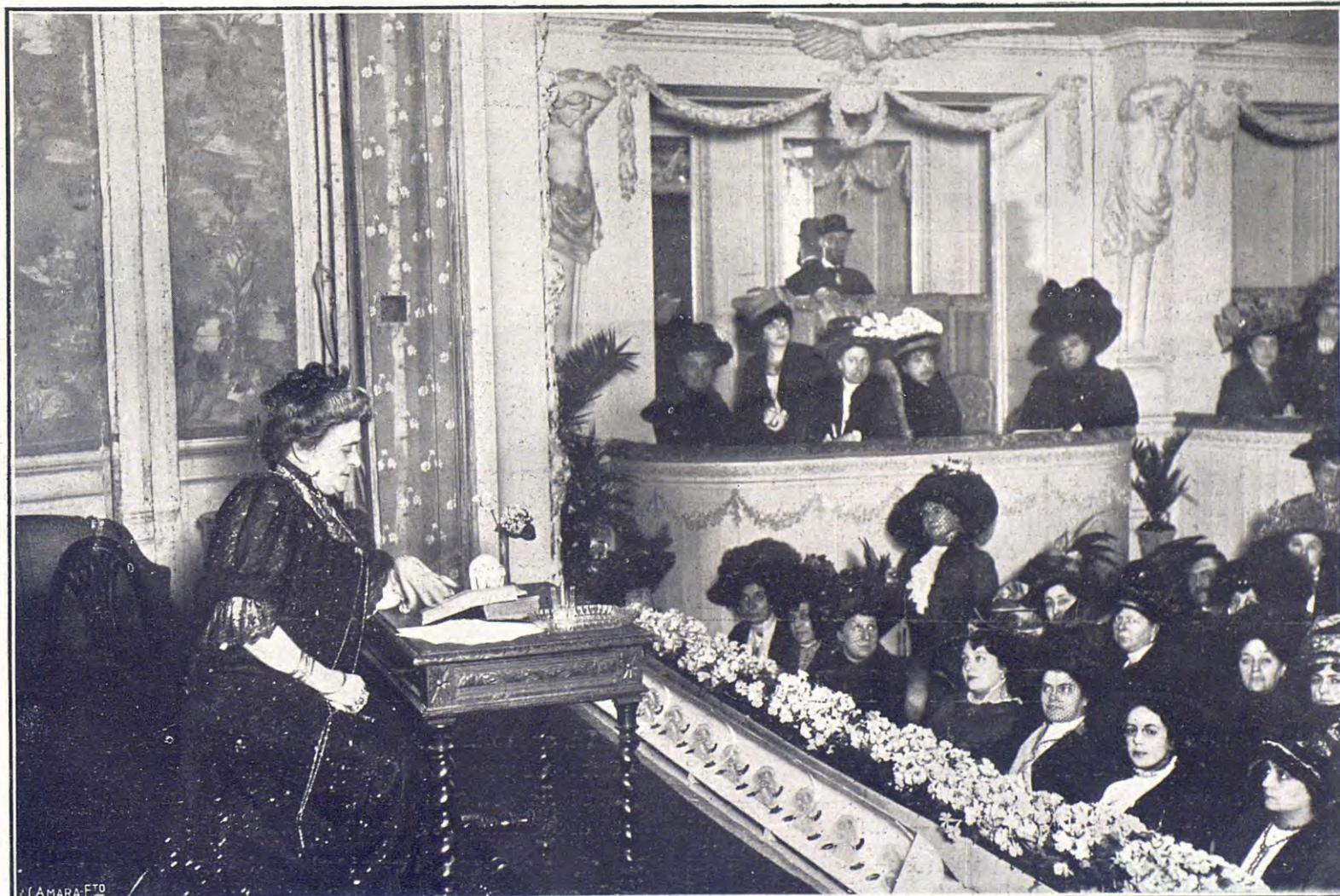
Como reza el dicho popular francés, al definir la ventura posible en el mundo, todo consiste en conformarse con:

«*Être heureux, sans l'être, tout en l'étant.*»

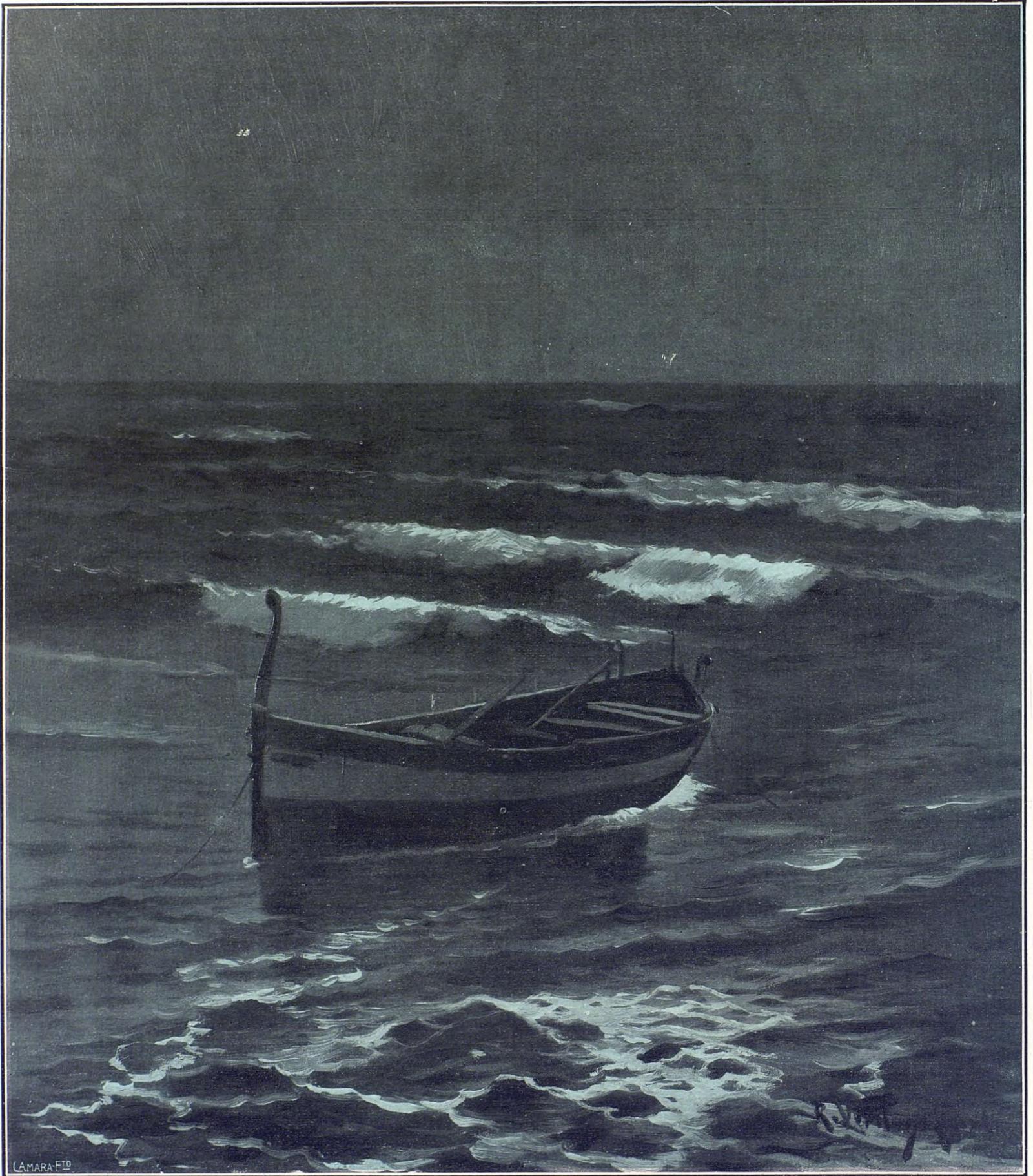
Y esta era la fórmula, favorable y socorrida, en la que cifraba todo su inocente saber la última quiromántica...

ANTONIO G. DE LINARES

Paris, 1917.



Aquella buena y burguesa adivina—cuyos oráculos no eran para la plebe supersticiosa é indigente, sino para las personas «serias» que abundan en dinero—había transformado en hormiga casera la cigarra bohemia del cuento...



BARCAROLA

¿Te acuerdas, bien mío! La noche era negra,
la mar era dura y el viento feroz.
La barca ya estaba dispuesta en la orilla.
Pregunté: —¿Me sigues? Y dijiste: —¡No!

Si tú eres cobarde, yo soy animoso.
Detrás de las olas está el ideal.
Lanzado á la lucha, se vence ó se muere.
Desprecio la noche y el viento y el mar.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

Tú, como la espuma; yo, como las rocas.
Sabrán atacarme, sabré resistir.
Si vienen placeres, también serán tuyos.
Si vienen dolores, serán para mí.

¿Que es largo el camino? ¡No importa! ¡Adelante!
¿Que es grande el peligro? ¡Mi esfuerzo lo es más!
Y si á veces tiemblo, no es miedo... ¡Es la mano,
que está ya cansada de tanto remar!

Ricardo J. CATARINELLI



LAS GRACIAS MODERNAS

PASÓ UNA MUJER...

ERA menuda, fina, insinuante. Tenía la serena ingenuidad de las jovencitas que se las echan de mujeres y el encanto, un poco perverso, de las mujeres aniñadas. Evocaba a Cordelia y también a Emma Bovary.

Pasó frente al escaparate de un joyero y quedó allí prendada y melancólica. Era otra deslumbrada Margarita, diciendo el «aria de las joyas» con sus miradas relucientes.

—¿Qué miras?—dijo, sorprendiéndonos, un amigo—. Te advierto que es una mujer peligrosa. ¡Una espía! No te digo más.

Y ciertamente, no nos dijo más.—Voy escapado. ¡Ya te contaré! ¡Ya te contaré!

Sugestión del amigo, repaso de cuanto se ha dicho estos días sobre damas que acuden a ciertos hoteles, propensión del espíritu literario hacia el misterio femenino, ello fué que, de pronto, la dama se nos hizo sospechosa.

Movimientos extraños, miradas diestramente ambiguas, la *esgrima* del manguito, la coquetería sutil y lánguida.—He aquí al hombre abstraído y meditador que, como en la parábola, «tiene ojos y no ve y oídos y no oye».

Pasó una mujer... Y con ella pasó, tal vez, la historia vivamente dramática de un espionaje seductor. Entretanto, el hombre abstraído seguía meditando sobre los maleficios de estas sirenas que tuvieron su madre en Circe y su victoria original en las imprudencias de Ulises, el prudente.

Antiguamente, en Grecia y Roma, el espionaje se encomendó á las cortesanas y á las esclavas. Ciertas páginas de Plutarco y Suetonio nos instruyen sobre el particular. El espionaje, como la tercera, era cosa de las nodrizas y las hetairas; apenas si salía del gineceo.

La Edad Media ennoblecía el espionaje. Las damas carlovinbias, secundadas por pajes y bufones, lo introducen habilidosamente en fiestas y torneos. Espían los validos, ocultándose entre

tapices, y las favoritas recatándose con los mantos. La Edad Moderna es como la Edad de Oro del espionaje. El Renacimiento, ataviándole de sedas, le pone aurifaz y lo pasea en góndola. Los cuentos de Boccacio, de Mateo Bandello y de Silvio Eneas Piccolomini—que fué más tarde el Papa Julio II—nos presentan á las espías de aquella época danzando desnudas entre príncipes y cardenales.

La Francia de los Parlamentos y de la Fronda inicia, con «las damas de pañuelo», el espionaje femenino que ha de alcanzar sus cumbres en Versalles y en el Trianon con el «secreto del Rey», las tertulias de la señora de Maintenon y «la Corte de los venenos». La sombría corte española inaugura sus espionajes femeninos con las intrigas de la Eboli, de Margarita de Parma y de la Calderona, hasta llegar al descenso innoble de

María Luisa y de Pepa la Naranja. Basta leer alguna página de las «Memorias de Matías de Noboa», que fué ayuda de cámara de Felipe IV, para advertir que la intriga y el espionaje gobernaron la Corte de los Feiipes.

Pero estos espionajes son políticos. El espionaje puramente militar, fuera de algunos casos en la Rusia de Catalina, es muchísimo más moderno. Puede decirse que proviene de la guerra franco-prusiana del 70. A partir de esta fecha, se inicia toda una literatura. La novela, el teatro, las «Memorias» sobre espionaje, contribuyen á soliviantar la opinión. Publicistas de uno y otro bando estudian ardorosamente el problema. Gobiernos de uno y otro país consignan para el espionaje sumas enormes, y la mujer, «pérfida como la onda», entra en escena como soberana y heroína.

El espionaje femenino es disimulo y ficción; pero es también el «sirenismo» y el encanto. Los Gobiernos, apresuradamente, hacen recluta de «sirenas» y procuran rendir á los Ulises del Estado Mayor con citas amorosas y champán helado.

Las fábulas de Marte y Venus, de Sansón y Dalila, de Priamo y Elena, se han reproducido frecuentemente en los «cabarets» de Montmartre y en los «restauration» de Unter der Linden. Las sirenas del Sena y las del Rin han rivalizado en lujo y perfidia.

Después, al estallar la guerra, todo ese mundo de supercherías deslumbradoras se esparce por los países neutrales. Domadoras con título de condesas; bailarinas acompañadas de príncipes postizos; actrices, literatas y bailarinas tan lujosas como extravagantes, vienen, so capa de turistas, á practicar un espionaje que pagan y regulan las respectivas Embajadas.

¿Es una de estas misteriosas sirenas la dama del escaparate, melancolizante como Cordelia ó insinuante como Emma Bovary?

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJOS DE RAMÍREZ



La nota Wilson y la respuesta de Alemania

POR QUÉ la nota Wilson produjo un primer efecto de abatimiento en los países aliados, que luego se ha ido corrigiendo hasta el punto de que ahora ven en el Presidente Wilson el más poderoso de sus amigos en el mundo neutral? Verán ustedes.

La Nota Wilson contenía una frase que tenía que afectar dolorosamente á los pueblos aliados. Es la frase que dice:

«El (el Presidente) se toma la libertad de llamar la atención sobre el hecho de que los objetos que persiguen los estadistas de los beligerantes de ambas partes son virtualmente los mismos, tales como han sido expresados en términos generales á sus pueblos y al mundo.»

La Prensa de los aliados se fijó en la primera parte de esta sentencia y pasó por alto la segunda. Leyó en esta frase que, para el Presidente Wilson, los objetos de esta guerra son los mismos para ambos beligerantes, y se rebeló contra la idea de que pudiese haber un neutral inteligente que creyese que es lo mismo invadir Bélgica que hacer armas en defensa de la independencia de un país atropellado.

Sólo que el Presidente Wilson no ha dicho que los objetos de los beligerantes sean los mismos. Se ha limitado á decir que son los mismos «tales como han sido expresados en términos generales á sus pueblos y al mundo».

Y en esto tiene muchísima razón. El Canciller alemán ha dicho que quiere defender los derechos y privilegios de los pequeños Estados y asegurar á su país contra la posible repetición de una guerra como ésta. Esto mismo lo han proclamado repetidamente los estadistas de los países aliados.

Sobre la sinceridad de unos y otros podrá tener el Presidente Wilson sus opiniones personales. No ha llegado aún la hora de expresarlas. Lo que ha dicho el Presidente Wilson es: «Salgamos de generalidades. Póngase las cartas sobre la mesa. Así veremos quién desea en verdad la independencia de Bélgica y la de Servia, y quién trata á toda costa de arrollar una ú otra ó las dos.»

Ahora bien, los aliados no tienen razón de temer este género de preguntas. Su respuesta es clara. Luchan por Bélgica, por Servia y por la liberación de pueblos sometidos contra su voluntad á los militarismos de Alemania y Austria.

Alemania, en cambio, no puede presentar su caso más que en términos generales. No puede, no quiere decir concretamente que se propone devolver Posen y Bromberg á Polonia, su independencia á Bélgica y á Servia, su italianidad al Trentino, á Trieste y á la Istria y su bandera francesa á la Alsacia-Lorena.

Y tan pronto como este pensamiento se hizo claro en mi espíritu, llegué á la conclusión de que Alemania contestaría negativamente á la Nota de Wilson.

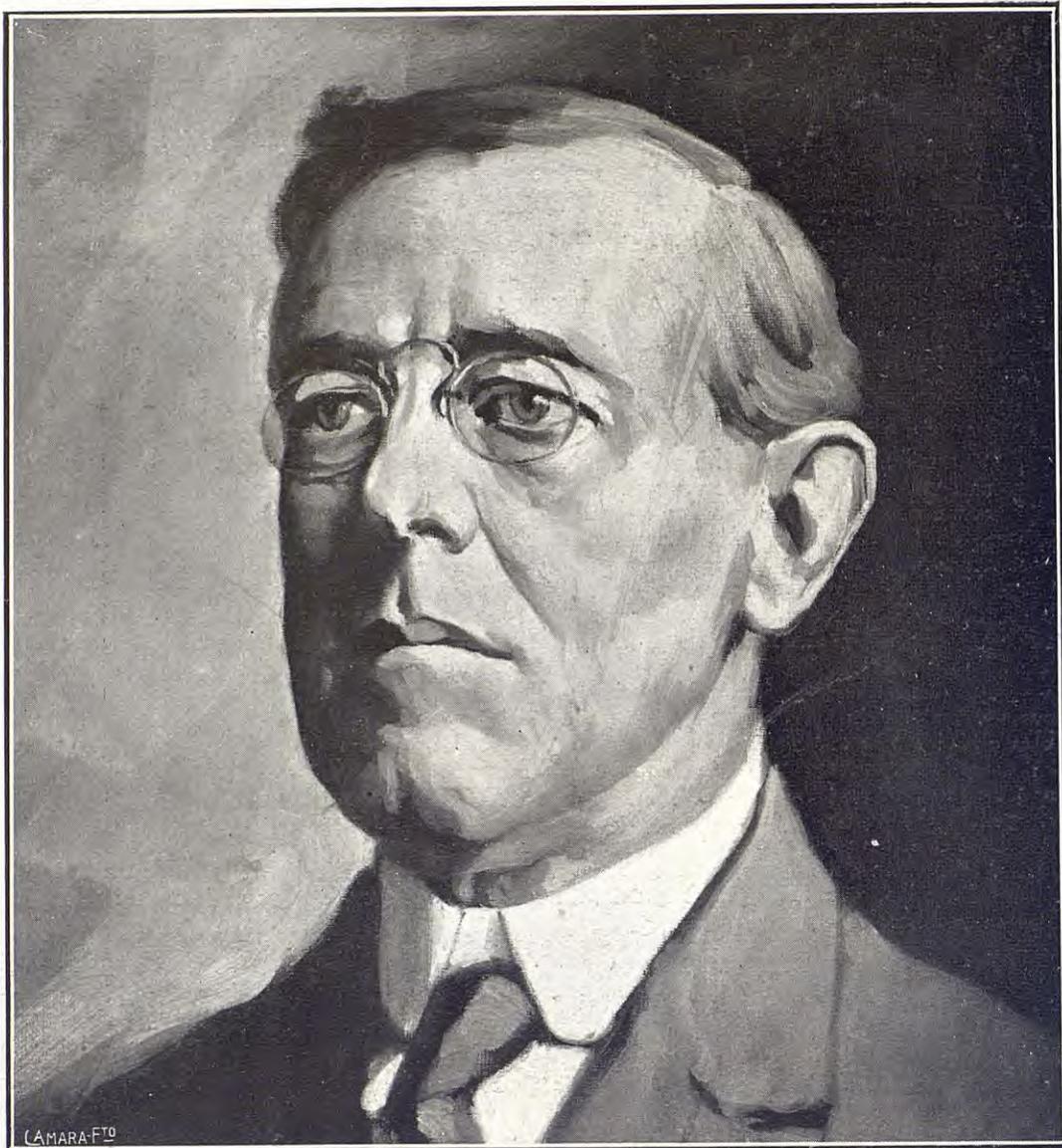
Y así ha sido, en efecto. El Presidente quería saber de los distintos beligerantes cuáles eran los propósitos que abrigan. Alemania se ha negado á responder á la pregunta del Presidente Wilson. Ofrece «una reunión inmediata de los delegados de los Estados beligerantes en un lugar neutral». Pero no dice al Presidente Wilson cuáles son los objetos que se propone en la guerra.

Ello equivale á negarse rotundamente á responder á la pregunta del Presidente Wilson. Es como decirle que no le concede autoridad para mezclarse en el asunto. Lo que Alemania se proponga se lo dirá á sus enemigos, á los que ya considera vencidos, y no al Presidente Wilson.

Pero no es éste el solo punto en que la Nota Wilson ha sufrido la repulsa de Alemania. La respuesta alemana dice también:

«El Gobierno Imperial opina también que la grande obra de prevenir guerras futuras sólo puede empezarse después de que acabe la lucha actual de las naciones. Cuando el momento haya llegado, estará dispuesto con placer á colaborar plenamente con los Estados Unidos en esta exaltada tarea.»

En este asunto de las futuras garantías de paz, decía la Nota Wilson:



MR. WILSON
Presidente de los Estados Unidos

DIBUJO DE GAMONAL

«En las medidas que han de tomarse para asegurar la futura paz del mundo, el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos están interesados tan vital y directamente como los Gobiernos actualmente en guerra. Además, su interés en cuanto á los medios que hayan de adoptarse para aliviar el peligro de los pueblos del mundo más pequeños y más débiles es tan vivo y ardiente como el de otro cualquier pueblo ó Gobierno. Están dispuestos, y aun deseosos, para cooperar á la realización de esos fines, cuando la guerra acabe, con cuanta influencia y recursos poseen. Pero la guerra tiene que acabar primero.»

A primera lectura, no se ve discrepancia alguna entre estas palabras de la Nota Wilson y aquellas de la respuesta alemana. Ambas coinciden en la resolución de dejar para después de la guerra la formulación de los medios que utilizará la futura Liga de la Paz.

Pero la Nota Wilson dice que los Estados Unidos «están» interesados en ellas... La respuesta alemana dice, en cambio, que «la obra de prevenir guerras futuras sólo puede empezarse después de que acabe la lucha actual». Repare el lector en que la diferencia es esencial.

El Presidente Wilson había propuesto la constitución de una Liga de Naciones para asegurar la paz. Lord Grey, en nombre de Inglaterra, y el Canciller Bethmann-Hollweg, en nombre de Alemania, habían contestado aceptando, en principio, su idea. La Liga de Naciones para asegurar la paz era, pues, un hecho «en principio», aunque se dejase para después de esta guerra la tarea de formular sus medios prácticos de realización.

El Presidente Wilson ha hablado en esta última Nota como si la Liga de la Paz fuese ya un

hecho en principio. Por eso dice que los Estados Unidos «están» en ella tan interesados como los beligerantes. ¿Y qué le dice ahora Alemania? Sencillamente que empezará á ocuparse de ella cuando esta guerra acabe. Ello equivale á decir que de lo dicho no hay aún nada.

Los alemanes dicen que es preciso acabar con la Alianza que ahora lucha contra ellos. Una vez que sus enemigos se separen y ofrezcan seguridades de no volverse á unir en contra suya, Alemania no tiene ya razón para temer otra guerra como ésta. En otras palabras, una vez que se asegure la absoluta hegemonía de Alemania, los alemanes se quedan satisfechos.

Y los aliados contestan que la única garantía eficaz contra la posible repetición de una guerra como ésta, consiste en derrotar á Alemania tan completamente como otra alianza análoga derrotó hace un siglo á Napoleón. Y no cabe duda de que los aliados dicen la verdad.

Ahora bien, el proyecto Wilson de la Liga de la Paz se proponía resolver esta cuestión intrincadísima en tal forma que ni Alemania ni los aliados tuviesen que pasar por la humillación de confesarse derrotados. Resolvía la cuestión de las garantías ofreciendo la de los Estados Unidos.

Pues bien, esta garantía que Alemania aceptó «en principio», ahora la rechaza con la fórmula de que sólo empezará á ocuparse de ella cuando termine la actual guerra. No quiere hipotecar sus ambiciones de hegemonía en una Liga de la Paz. Lo único que quiere es una paz que imponga con la punta de la espada á sus enemigos.

Ya lo sabíamos; pero faltaba la evidencia de su respuesta á la Nota Wilson.

RAMIRO DE MAEZTU

LA ESFERA

PAISAJES DE ESPAÑA



TORRE DE SAN FELIU, EN GERONA

Fot. de Hielscher



El ilustre artista D. Carlos Vázquez pintando el retrato del Rey para el **Círculo Artístico de Barcelona**, del que es Presidente de Honor Don Alfonso XIII

Fotografía obtenida por nuestro redactor Sr. Campúa durante una de las sesiones verificadas en la Cámara de Gasparini, del Palacio Real

LA ESFERA

ARTE FOTOGRAFICO



PESCADORES EN EL MANZANARES

Fot. D. González Ragel

CIUDADES DE ESPAÑA ❖ FUENTERRABÍA

El viajero que viniendo de Francia quiera vivir unos momentos que no ha de olvidar nunca, que se detenga al paso en la ciudad de Irún, y una tarde cualquiera, por medio de los campos, que se acerque y penetre en la vieja Fuenterrabía.

Por el camino que recorra, si él es observador, ya podrá admirar en toda su pureza el clásico paisaje de Vasconia; los leves montecillos aterciopelados, con caseños esparcidos; las brumas apretadas, agarradas á los picos más altos; el cielo fosco y triste. Una muchachita pelirubia marcha por un camino, muy erguida y muy grave, sin sonreír y sin cantar. Veis una iglesia vieja con un pórtico obscuro y un árbol corpulento que es acaso un retoño del árbol secular. Una pareja de flacos aldeanos con boina y con paraguas, en vascuence cerrado, van de conversación. Todo es nuevo en Vasconia. Todo es original.

Atrás quedaron los pueblecillos franceses tendidos en las vegas claras, confortables, mimosos como invitando á descansar. Atrás quedaron las ciudades rientes, las ciudades blancas, los ríos anchos que se tienden voluptuosos entre las tierras bien labradas. Atrás quedaron aquellos pedacitos de riente costa francesa: Guetaria, San Juan, coloridos y brillantes como cuadros recién pintados, como lindos trozos de mar...

Esto que tenemos delante es ahora España, con su cielo fosco, con su tierra brava, con su ambiente propicio á la tragedia, con su ausencia completa de blandura y amor. Esto de ahora es España, con sus mujeres serias, sus campesinos secos, sus aldeas negras en toda su aspereza, en todo su dolor. Esta es la vieja tierra de los aventureros, de los conquistadores, de los santos; esta es la tierra de toreros, de limpiabotas, de bailarinas y algunas cosas más. Nos decimos un poco emocionados.

Mas en estas andanzas hemos llegado á Fuenterrabía. Atravesamos la Puerta Grande de la ciudad, con inmensos escudos; y ahora sí que



Vista de una calle de Fuenterrabía

estamos en España, en la esencia de España quizás. Estas calles estrechas y empinadas, con casonas hidalgas y grandes alerones, estos escudos mohosos, estos balcones boleados, estos viejecillos sentados en las puertas como figuras decorativas, estos conventos, estas iglesias, estas murallas, esta paz... En Fuenterrabía se hizo piedra la Historia... Mas la Historia y la piedra al viajero le hablaron.

Le dijo la primera: «¡Mira! Esta es la vieja

ciudad de Carlos V que, en las luchas con Francia, tantas veces fuera perdida y tantas otras se rescató. Este fué nido de héroes y de santos cuando los héroes y los santos andaban por el mundo en carne y forma mortal. Este castillo poderoso albergó magnates, albergó guerreros, albergó ambiciones, albergó odios, albergó locuras, mas nunca creo que albergó amor. Francisco I de Francia, cuando lo perdiera, maldijo de su suerte. Carlos V, cuando le tomara, sonreía despiadado con un aire triunfal. Seco y duro, con las aristas bien talladas, el castillo de Fuenterrabía, pardo y desnudo como las avanzadas de Castilla, mira con ceño á Francia, y no le ablanda el mar. ¡Oh, tiempos!»

Mas el viajero curiosa. Cruza los patios de armas, sube y baja por estrechos postigos, penetra en los salones, se asoma á las ventanas, y en medio de un silencio imponente, interrogando á las viejas piedras, quiere que le revelen algún secreto del pasado; las quiere hacer hablar. ¿Qué pasó en esta sala? ¿Quién se asomó á esta ventana? ¿Quién cruzara una noche de luna este admirable corredor? ¿Y en esta plaza de armas, qué cortejos brillantes se formaron? ¿Qué combates sangrientos, estas mismas piedras que ahora pisan mis botas, debieron presenciar?... Pero las piedras no responden. Las piedras, mudas, frías, generalmente no saben contestar.

Pero, de pronto, una piedra le habló; era una piedra más blanca y más pulida que las piedras que la cercaban; era una piedrecilla linda é incitadora como una tentación. En aquella piedrecita parlanchina la mano de mujer de una pareja novia había escrito simplemente:

«Je suis venu ici, pour passer une journée avec Tutón—una fecha—. Después... Le mieux du monde c'est l'amour... René et Tutón».

El viajero entonces se descubrió respetuoso. A aquellas viejas piedras tan gloriosas, pero tan frías, las había redimido el amor.

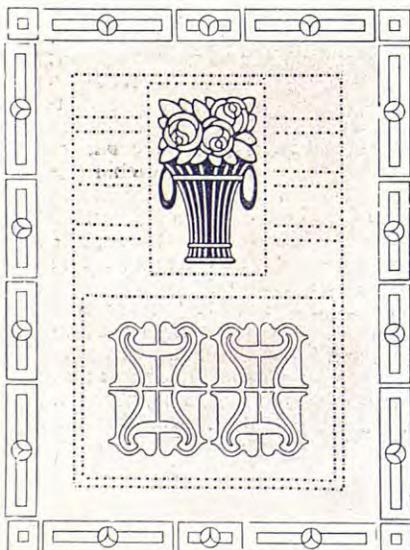
LEÓN M. GRANIZO

Fuenterrabía, 1917.

BARBARIE DORADA



CÁMARA FOTO



En Londres, en la grande, laberíntica urbe,
de la riqueza emporio, de los negocios feria,
vi yo muchos dolores, vi yo mucha miseria
y sin que la ataraxia de rico se perturbe.

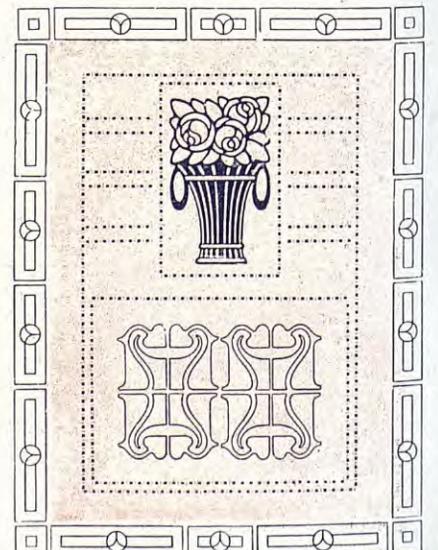
En el París que ríe, en el París que goza,
refinado, lujoso, de sensaciones mustias,
vi yo muchos andrajos, vi yo muchas angustias
como en jardín inculto surge doquier la broza.

En Nueva-York, en Roma, en Madrid y en Bruselas,
vi más vicio, ignorancia y oculta trapisonada
que honradez y trabajo, más cárceles que escuelas...

El progreso es falacia: todo apariencia y ruido,
y al más civil imperio la barbarie le ronda
como atisba la herrumbre al hierro más pulido...

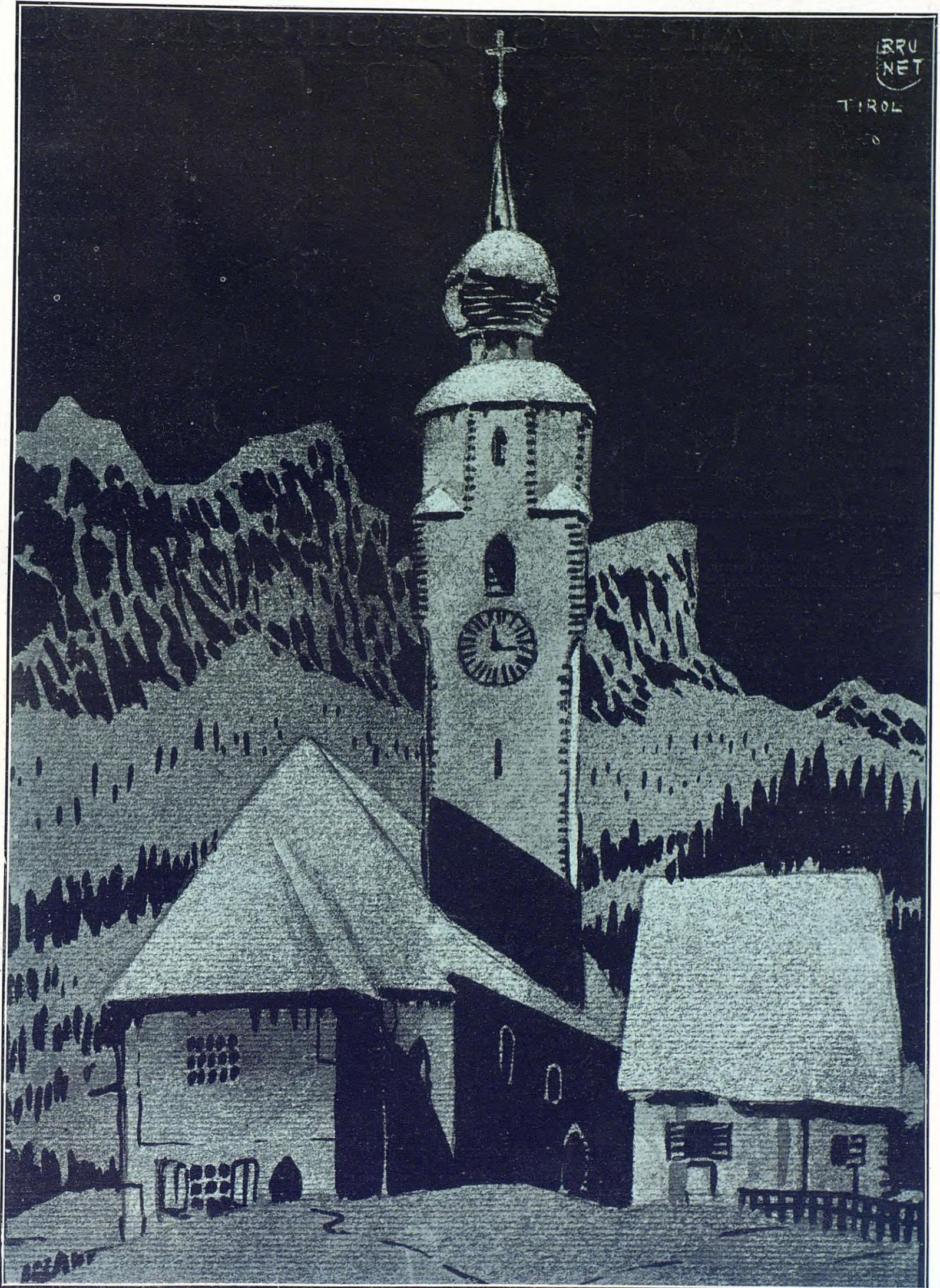
Emilio BOBADILLA
(Fray Candil)

DIBUJO DE CEREZO VALLEJO



LA ESFERA

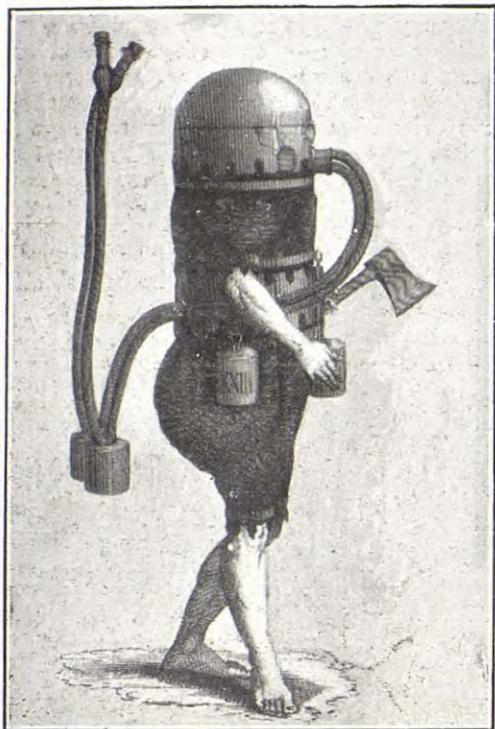
PANORAMAS EXTRANJEROS



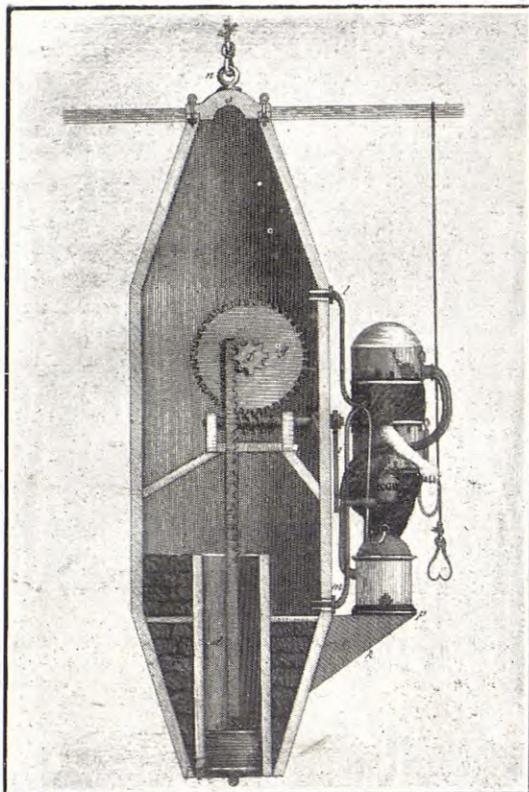
IGLESIA RURAL EN LAS MONTAÑAS DEL TIROL

DIBUJO DEL NATURAL, POR BRUNET

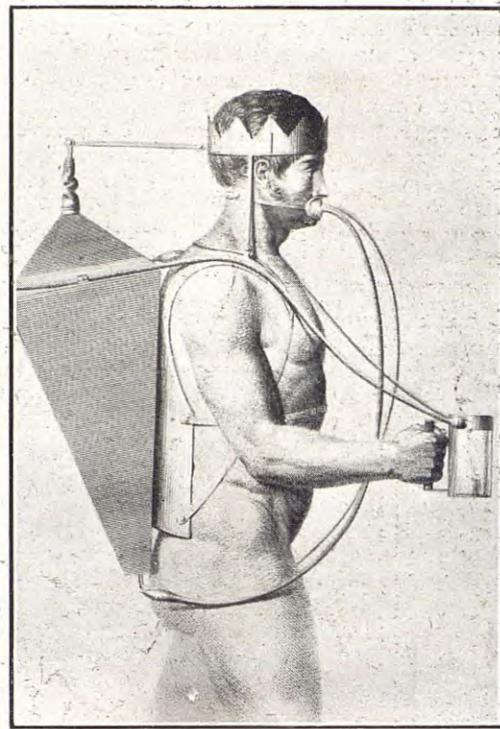
LOS BUZOS EL MAR Y SUS SECRETOS



Detalles de los diversos órganos de la máquina Klingert



Conjunto del aparato Klingert para descender al fondo del mar



"El Tritón", aparato francés para bucear, usado a principios del siglo XIX

El afán de investigación de lo desconocido llevó a los hombres durante la historia a través de los siglos a poner al servicio de su curiosidad primero el valor de sus condiciones físicas personales y más tarde la influencia de los adelantos científicos.

Curiosa es la historia del arte de bucear, y de ahí que sólo recordemos, como dato digno de registrarse, las hazañas de los griegos Scyllis de Sicione y su hijo Ciana, que podían permanecer bajo el agua hasta cinco minutos.

La campana de buzos empleada por Alejandro Magno (332 a. de J. C.) en el sitio de Tiro, marca una nueva orientación del procedimiento de investigación submarina.

Las experiencias que más tarde se efectuaban ante el Emperador Carlos V, en Toledo, y las predicciones de Bacon, confirman ya no solamente los procedimientos de inmersión, sino que atisban el principio de la moderna navegación submarina.

Pero es preciso remontarse al siglo XVIII para encontrar los verdaderos y primeros ensayos de lo que es hoy la moderna escafandra.

Pasemos de largo los aparatos del inglés Lethbridge, los franceses Fremiet y Forfait, para detenernos ante el muy curioso invento del alemán Klingert en 1797.

Componíase este aparato de un casco y un cilindro unido por un fuerte forro de cuero que se prolongaba fuera del recinto formado por los primeros en unas mangas y pantalón que, convenientemente ajustados, impedían la entrada del agua, así como permitían el libre ejercicio de brazos y piernas. Dos tubos puestos en comunicación con el exterior del aparato permitían la aspiración del aire puro y la expulsión del viciado.

Acompañaba al buzo un depósito de aire de forma cilíndrica en su parte media y terminado en sus extremos por dos troncos de cono.

Un mecanismo especial compuesto de una cremallera unida a un émbolo manejable por el operador permitían al depósito en cuestión aumentar ó disminuir el volumen en la inmersión ó emersión del aparato.

Dieberg, en 1813, presenta un nuevo procedimiento de buceo fundamentado en el mecanismo que tituló el Triton y que consistía en un fuelle que el operador se colocaba sobre la espalda con dos comunicaciones en la boca del mismo, cuyo efecto era proporcionar aire respirable y extraer el impuro de la espiración.

Realmente, la escafandra no reviste caracteres de práctica utilización hasta 1862, en que el francés Cabriol da a conocer su primer modelo.

Desde este descubrimiento, hasta nuestros días, sólo se han hecho modificaciones, siempre sobre este tema, pero sin obtener el fundamento principal del mecanismo.

TRAJE DE BUZO.—Se compone de dos partes esenciales: una, destinada a la que forma el vestido con que cubre su cuerpo, y otra, la que comprende el aparato de respiración ó verdadera escafandra.

El vestido se hace de telas especiales completamente impermeables que posean la resistencia natural para las duras faenas a que han de ser sometidas y aplicando al mismo tiempo los refuerzos necesarios en codos y rodillas, por ser los sitios que por razón del trabajo del buzo han de ser los más sufridos.

La escafandra es metálica, y se compone de dos partes que se unen entre sí. Adórnannles una especie de pelerina que le une al traje por medio de un ajuste hermético a una arandela metálica de que aquél va provisto, y una esfera que se ajusta al cuello de la tal pelerina y en cuyo interior se aloja la cabeza del operador.

RESPIRACIÓN Y VISIÓN DEL BUZO.—La esfera antedicha lleva dos comunicaciones especiales, cuyo destino es el de recibir el aire que desde el exterior se hace llegar al sumergido por medio de bombas de compresión y expulsar al exterior el aire viciado, así como regular en el interior de la esfera la presión del aire cuando ésta pueda ser excesiva.

Dos grandes orificios laterales cubiertos con gruesos cristales convenientemente defendidos contra cualquier golpe y una claraboya en el



Un buzo preparándose para bajar al fondo del mar



El buzo, en el momento de entrar en el agua

frente susceptible de quitarse y ponerse por medio de dos maniquetas que se actúan desde el exterior, completan el medio de visión bajo del agua.

FUNCIONAMIENTO DE LOS APARATOS DE INMERSIÓN. Una vez provisto el buzo del traje completo para la inmersión, se hace necesario dar al cuerpo el peso necesario para vencer su natural flotabilidad, lo cual se consigue colocándole el escapulario, ó sean dos planchas de plomo repartidas entre pecho y espalda y cuyo peso viene á ser de unos veinte kilos.

En estas condiciones, el buzo, después de cerrarle sus compañeros auxiliares la claraboya delantera, comienza su descenso por una escalera de cuerda fija á la embarcación donde se halla la bomba que ha de suministrarle, por medio de un tubo resistente, el aire necesario y á la presión conveniente para su respiración.

Exigen las leyes fisiológicas más elementales que la tensión del aire ingerido en los pulmones para la respiración sea igual á la presión exterior á que el cuerpo se encuentra sometido; así es que, á medida que el buzo va encontrando mayores presiones bajo el agua en su inmersión, ha de ir aumentando también las del aire en el interior de la escafandra.

El operador, experto, maneja entonces la válvula de expulsión de que antes hablamos y de este modo va regulando la aireación en las condiciones de pureza y presión escogidas para evitar todo riesgo de su vida.

Las comunicaciones dentro de la escafandra con las bombas de aire tienen el inconveniente de hacer llegar el aire á los pulmones con alguna elevación de temperatura, así como producir perturbaciones constantes en la presión con perjuicio de la estabilidad necesaria de ésta para la respiración perfecta. Para salvar estos inconvenientes, el teniente de navío Denayrouze, y el ingenie-

ro de minas Reuquayrol, han introducido un aparato que, fijo á la espalda del buzo, gradúa automáticamente, por la presión del agua, la presión del aire que entra en el interior de la escafandra.

CÓMO SE CAMINA EN EL FONDÓ DEL MAR.—Una vez el buzo en el fondo, ha de vencer, al marchar, la enorme resistencia que el líquido le opone, para lo cual marcha con el cuerpo inclinado unos 45 grados y los brazos en la actitud del que rompe á nadar, siendo preferible, en fondos accidentados, el hacerlo sobre las manos y las rodillas.

EMERSIÓN DEL BUZO.—Terminada su labor, fácil sería al buzo salir á la superficie, pues con sólo dejar aumentar la presión, sin regular la válvula de expulsión, el aire pasaría á inflar el traje, con lo cual, sirviéndole de boya flotadora, lo echaría bruscamente á la superficie.

Pero, precisamente, la faena de salir es tanto más delicada cuanto que es la más peligrosa para la vida del operante.

Sometido el organismo durante algunas horas á presiones variables de dos y tres atmósferas en trabajos de 20 á 30 metros de profundidad, una baja brusca de esta presión originaría rotura de vasos sanguíneos capaces de producir la muerte instantánea; además, la respiración del aire comprimido da lugar á absorciones de nitrógeno cuya eliminación ha de hacerse lentamente si ha de hacerse sin graves riesgos.

Calcularé que un buzo para salir de una profundidad de 20 metros debe tardar alrededor de media hora.

PROFUNDIDAD DEL BUCEO.—Es muy variable, por depender absolutamente de la resistencia física de los buzos, muy distinta de unos á otros.

Cítanse como ejemplo los trabajos de alguno de ellos como excepcionales. El francés Lambert, que extrajo nueve cajas con lingotes de oro del «Alfonso XII», perdido sobre las costas de Canarias á 55 metros de profundidad.

La profesión de buzo se ve, por lo expuesto, que requiere dos cosas: primera, un atento reconocimiento que investigue las condiciones fisiológicas del individuo para salvar todo riesgo, y, después, una perfecta instrucción.

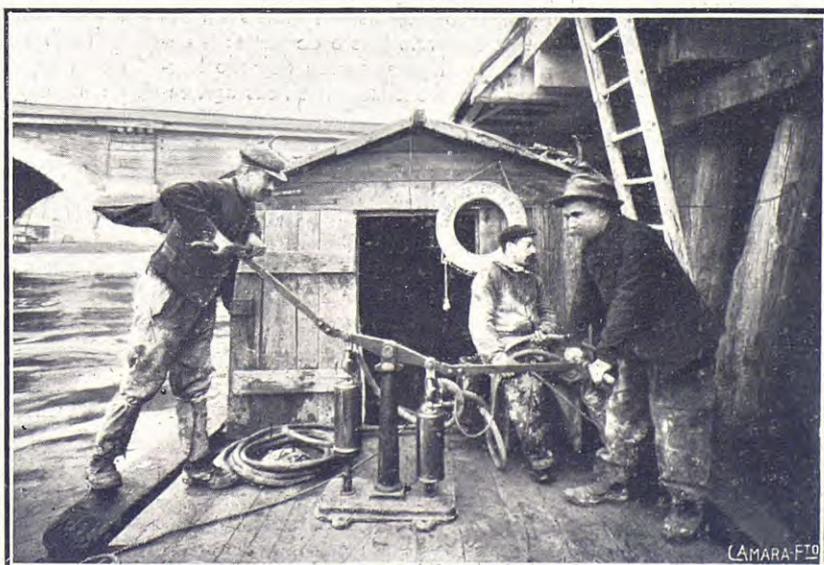
Los ingleses disponen de grandes tanques de una profundidad de siete metros donde los neófitos se instruyen bajo la adecuada dirección de profesores.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN CON EL EXTERIOR.—Todo buzo va provisto de un cinturón al cual se afirma una cuerda que se pone en comunicación con sus ayudantes de fuera, con los cuales se entienda por medio de tirones que indicarán frases convenientes.

También se han aplicado y aplican teléfonos y micrófonos que les permite una absoluta comunicación exterior.

Este trabajo podrá dar á los lectores una ligera idea de las penosas fatigas de los trabajadores submarinos.

FRANCISCO ARDERÍUS



Bomba con la que se envía el aire al buzo durante sus operaciones en el fondo del mar

FOTS. BOYER

LA CALLE ROMÁNTICA

SANTAS reliquias de la vida vieja, calles solitarias, olvidadas y oscuras... La bruta plebeyez del aburguesado progreso y el amorfo *snobismo* de algunos espíritus degenerados van destruyendo poco á poco—entre la pesadumbre de estas nuevas calles, absurdamente rectas y espaciosas en una ciudad como ésta de un país de sol, cuya raza soñadora tiene en su historia épicas hazañas y fantásticas leyendas, y estos enjabelgados edificios hinchados de un barroquismo de cartón y de albayalde, con la faz inexpresiva de un *clown* idiota—vuestra sacrosanta poesía que sucumbe lentamente agobiada bajo esta irrespetuosa invasión de modernidad exenta de tradición, de espíritu y de arte, y sobre cuya naturaleza eunuca pesa

¿Acaso el azar fué tan cruel que no os dejó vivir la honda emoción del primer amor en un romántico ambiente? No importa: á despecho de esa burla del destino, una vez, una sola vez en vuestra vida, habréis cruzado la calle solitaria, oscura, ungiada de misterio, donde tuvisteis ó ansiásteis tener una amante; aquella amante tierna, enamorada, soñadora, por quien todos hemos suspirado y muy pocos hemos conseguido hallar. Esa novia sentimental y enamorada que tuvimos ó soñamos tener, habitó indefectiblemente en esa calle romántica, silenciosa, hundida en el misterio de una obscuridad cobijadora y poéticamente iluminada por la luna, allá en lo alto, en la crestería de sus canalones y de sus fachadas ennegrecida;

ños y hallamos de pronto en la realidad, á nuestro paso y ofreciéndonos más íntimo y más bello que cuando dormido nos lo pintó nuestra imaginación.

Así estaba adornado en aquel tiempo que nosotros tuvimos amores con la muchachita tierna y sentimental, y así lo recordamos y seguimos viendo, ahora que ya desapareció ó murió aquella amante real ó imaginaria que un día tuvimos ó nos figuramos tener, y ahora que tampoco guarda ya rastro la vieja puerta desusada ni el balcón abandonado de aquel florido adorno de la planta trepadora que convertía la rinconada oscura en una gruta de hojas eternamente verdes y perfumadas, y que parecían haberse formado sólo para ocultar á los amantes y apagar en discreto murmullo el eco,



CÁMARA-FLO

la irredimible condenación de lo que osó una vez ultrajar á la belleza.

ooo

Calle romántica de nuestros años mozos, cuando teníamos el alma enflorada de ensueños; ¿quién no conserva de ti, en el libro inconcluso de la memoria, un lugar, un recuerdo, un episodio, acaso el más breve de todos nuestros sucesos de amor, pero cuya brevedad, cuya corta existencia se nos grabó tan hondo en el corazón que, con ser su vida la historia no más que de unos días, ó quizás de unas horas, de unos instantes, fué para nuestro espíritu la vibración más fuerte de todos cuantos nos hizo conocer la vida en los días en que aún era para nosotros la experiencia un libro inédito?

En ese libro íntimo y secreto de nuestra memoria, que vamos escribiendo minuto á minuto á todo lo largo de nuestra vida, y cuyas páginas repasamos sólo cuando el dolor y los años nos hacen recluirnos en nosotros mismos, en ese libro siempre hay, en una línea más visible que las demás, un nombre de mujer, la indicación de un lugar y de una hora... de una hora que nosotros logramos librar del anónimo donde mueren las otras horas de nuestra vida.

un poco vetustas y con algo de solemne hermetismo, como piedras conscientes del mérito de sus muchos años y del secreto tesoro de añejas historias y leyendas que al pasar fueron dejando huellas de arañazos y desconchaduras en sus agrietados paredones.

Esa novia, real ó imaginaria, que tuvimos en esta romántica calle, vivió—¿no os acordáis?—allí, en aquella casa que la luna deja en sombras; en aquel balcón que da sobre una vieja puerta desusada, nos esperaba todas las noches, cuando nosotros acudíamos á la parla amorosa recitando los versos de Cyrano á su amada Roxana ó evocando con nuestra apostura mozancona la gallarda silueta de un «sopista» travieso y truhán en ardidés é industrias del vivir, pero noble y romántico en cortejos y achaques de amor.

Ahora está el balcón abandonado, como si nadie habitase la casa. Ya han desaparecido aquellas plantas de enredadera, que antes cubrían el marco y las puertas del balcón y se deramaban por encima del barandal y retorciéndose entre los hierros, se descolgaban hasta cubrir casi por entero el dintel de la vieja puerta desusada, dando á aquella rinconada de la calle el encanto fascinador de algo muy grato que una vez vimos en sue-

un poco intenso, de los besos de amor surgidos en el silencio de la noche.

Todo ese encanto, mitad real, mitad soñado, de la calle oscura, silenciosa y olvidada, huyó de nosotros, acaso para siempre, como asimismo huyeron nuestros optimismos y nuestros líricos ensueños, hoy que la vida, poco á poco, nos ha ido despojando de nuestro tesoro de ilusión, que tanto prodigamos cuando mozos, porque creímos que era inagotable. Pero aunque ahora la calle romántica no pueda ofrecernos—á los que somos, más que en años, viejos en el dolor—otro encanto que el melancólico de los recuerdos, hemos de respetar esta vieja reliquia que fué talismán de nuestros sueños, porque tantas veces, á esta misma hora nocturna, la poesía de la juventud soñadora y el amor romántico, han cruzado en ronda de galanía su desierto ámbito, que por fuerza, si algún mozo galán y poeta la transita ahora, el viejo encanto de la calle romántica volverá á surgir y los fantasmas de los corazones que ahí amaron ó soñaron, lo acogerán como á nuevo camarada, y en el silencio de la noche le brindarán el sortilegio de la poética visión.

FERNANDO MOTA

DIBUJO DE MEDINA VERRA

PÁGINAS POÉTICAS

Varela de Seijas

LA FUENTE DE LAS GACELAS

¡Oh, fuente misteriosa que consuelas
el ardor de los secos eriales,
y de la arena haces brotar rosales
y hasta la estéril roca aterciopelas!...

Como pupila celestial rielas,
sombreada de palmas y chopales,
y en tus claros y límpidos cristales
sacian su sed ardiente las gacelas!...

Oasis de paz, donde la caravana,
fatigada del sol de la mañana,
busca el frescor de tu refugio umbrío,

y á tus arroyos de cristal reposa...
¡Entre tanta aridez y tanta prosa
sé tú como esa fuente, libro mío!

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS

Toda de negro, hasta los pies cubierta,
llegaste á la cartuja, donde velo
en una oscura soledad de hielo
el desamparo de mi dicha muerta!

El Angel del Recuerdo abrió la puerta
para que entrase, con tu sombra, el cielo,
y hubo en mi corazón igual que un vuelo,
de algo muy vago y puro que despierta!

En un atardecer de Jueves Santo,
¿á los pies de qué cruz ví ese semblante
divinizado en el dolor del llanto?...

¡Oh, amor soñado y nunca poseído,
ébrio de gloria y juventud triunfante,
¿quién te ha cruxificado en el olvido?

F. DILLAESPESA



LOS JUEGOS DE LAS NUBES



Paisaje de El Pardo

FOT. COL.

EN la maravillosa alianza—oro y azul—de la tarde de estío, las nubes vienen avanzando apelotonadas en rebaño resplandeciente. Redondas, anchas, oscuras por el centro, de plata viva sus bordes, siniestras en parte y en parte jubilosas, dan al cielo solemne del verano una solemnidad nueva y magnífica que parece la indispensable.

El cielo despejado, ebrio en su ensimismamiento de azul, limpio, inmenso, igual, aturde excesivamente. Necesitamos un punto de referencia, un término de comparación; ese «algo» que corrobore la grandeza y la dé su plenitud gloriosa; ese «algo» pequeño, accesorio, marginal que en el río es la peña donde la espuma se hace pregón del ímpetu hermoso del agua; que en la llanura es aquel árbol solitario elegido por la majestad del paisaje para exaltar su emoción; que en el mar, lejos, á lo último del horizonte, es la vela puntiaguda y blanca, la vela humilde cuya pequeñez nutre la magnitud de todo lo demás, y que así, lejana, perdida, insignificante, pareciendo esclava, adquiere arrogancias legítimas de señora...

Las nubes son al cielo lo que los meandros al agua. Lentas, augustas, fulgurantes, traban asociaciones felices, decoran, divagan, juegan y se entretienen en guiños, en risotadas, en anécdotas encantadoras. Si no es esto, nuestro espíritu, sediento de hermosura, quiere que lo parezca.

Las nubes, como algo humano dotado de sensibilidad y de comprensión, de voluntad y entendimiento, se reservan en su dominio el supremo antojo de sentirse reinas y azafatas, sesudas y pueriles, doctoras y novicias. Y si allá abajo, en la tierra, un chiquillo soñador tendido cara al cielo se extasia mirándolas, estas nubes—que estuvieron divirtiéndose con el viento y engalanándose con el sol—, al marcharse ó al llegar la noche, dejaron en el pecho del niño una grata nostalgia que había de arder como una estrella y perfumar como una rosa.

ooo

Ellas son las magas egregias del crepúsculo de la tarde. Ellas son las que en la ciudad dan á las largas avenidas una belleza reciente é inol-

vidable, aunque la mayoría de los hombres atareados no se cuiden de loarla; ellas son las que en el campo, irisadas, rojas, azules, de oro ó de cristal, inmóviles y persuasivas, forman esa flota ideal de galeones á cuyo bordo van como argonautas nuestros anhelos de purificación y de liberación.

Ellas, flotando graciosamente, vierten sobre los campos esa sombra sutil, pronto disipada—símbolo amargo de nuestro éxodo por el mundo; sombra con blandura de caricia bajo la cual la tierra generosa, la tierra vibrante del estío parece que acaba de aprender á reír.

En tropel vinieron las nubes, simulando polvareda luminosa que no se disipaba nunca, y en tropel se marcharon. Tal vez alguna de ellas llevaba en su seno la tragedia rural, el desastre, la muerte de la cosecha, la inundación, el llanto, la ira y el luto... Pero en todo juego suele saltar una lágrima. ¿Cómo, pues, por bien hallado y donosamente sostenido, no va á merecer este juego de las nubes la recompensa de una exculpación?

E. RAMÍREZ ANGEL

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



VALENCIANAS, cuadro de Gil y Roig

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS
BALDOMERO GILI ROIG

EN la reciente Exposición de Arte español celebrada en Panamá, obtenía Gili Roig medalla de oro con su cuadro *La Castiza*. Seguramente no habréis olvidado este lienzo que era uno de los más notables de la Nacional de 1915.

La Castiza es un tipo de modistilla madrileña, pero no de estas que empiezan a falsear su característico madrileñismo, aseñoritándose y vistiéndose como las *midinettes* francesas, sino de las que muestran orgullosos el encantador pañuelo de crespón negro, los pies primorosamente calzados y la chulona réplica en los labios de un rojo natural. Típicamente representativa es la modelo, elegida por Gili Roig para su cuadro *La Castiza*, erguida en lo alto de un montículo, con la mano izquierda en la cadera, sosteniendo en la derecha un botijo verbenero, mientras en el fondo, detrás de ella, se hunden las yermas planicies del madrileño campo...

Gili Roig ama estos tipos populares de Madrid, casi tanto como los de Cataluña. Y sin embargo, no es solamente un pintor realista, sino también un idealista, capaz de interpretar imaginativos ensueños como de complacerse en buscar decorativas armonías.

A semejanza de otros artistas catalanes contemporáneos,



BALDOMERO GILI ROIG
Ilustre pintor catalán

Baldomero Gili Roig no es un tributario del arte francés. Ha residido en París; pero París ha influido muy poco en su pintura. No desmiente su filiación muniquesa, del Munich anterior a la guerra, tan admirable, tan entregado a las bellezas estéticas, y es también un emocionado reflejador de los paisajes, de las tradiciones, de los Museos de Italia, la inmortal.

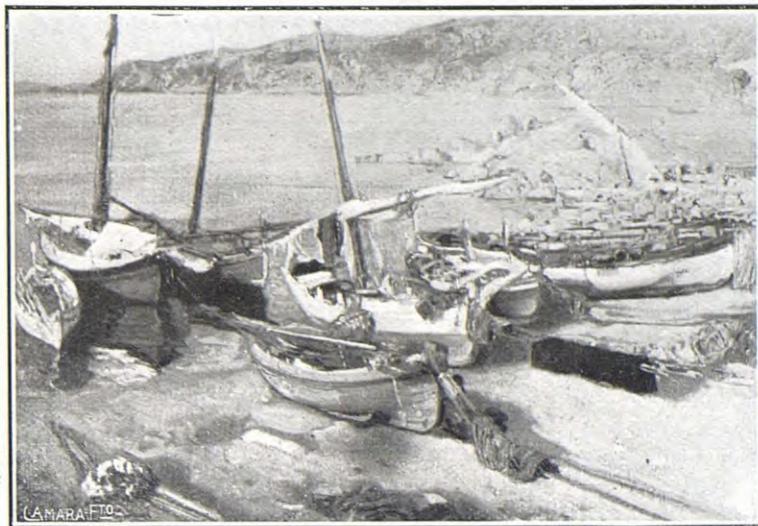
De aquí la proteica diversidad de sus obras, unidas por el nexo común del buen gusto y de la exquisita sensibilidad. Le seducen, como digo antes, los tipos netamente populares con su peculiar desgarrado y su gracia peculiar; pero también le cautivan los ambientes de refinada distinción y los galantes escenarios donde se mueven las gentiles y perversas mujercitas de vicio ó de aristocracia. Pinta jardines soñolientos y melancólicos, espiritualizados por umbrosas frialdades y por silencios de soledad y de misterio. Pero también es un bravo amante de *Mirra Helios* y sumerge su visión en las exaltadas armonías de una luz poderosa y un cromatismo enérgico. Evoca los hundidos tiempos de dioses y héroes con paganas páginas en que la vida helénica surge con todo su helénico encanto, y de la impresión fuerte, vigorosa, realista de los mendigos y vagabundos que pasean su lacería



"Natura", cuadro de B. Gili Roig



"Cipreses en la villa Falconieri"



"Barcas de pesca"

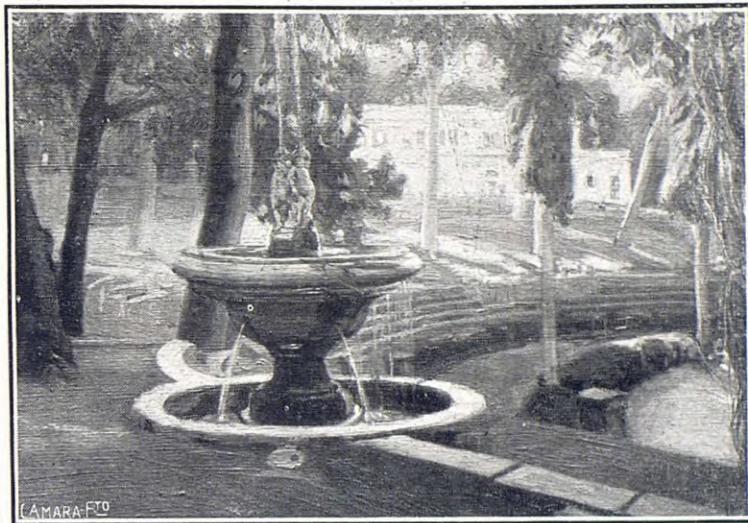
(Cuadros de B. Gili Roig)

por las calles sórdidas de las grandes ciudades de hoy.

ooo

Baldomero Gili Roig nació en Lérida en Octubre de 1875 y apenas terminados los estudios del Bachillerato ingresó á los diez y seis años en la Escuela de Bellas Artes y de Artes y Oficios de Barcelona.

En 1891 se trasladó á Madrid para seguir en la Escuela de San Fernando los cursos de dibujos del natural, composición y colorido y cuatro ó cinco años después, respondiendo á esa constante ansia de renovación que siente su inquieto espíritu, marcha en viaje de estudio á Alemania. De esta época en que el joven artista se matriculó como alumno de la Academia oficial de Bellas Artes de Munich, en la clase de colorido de Paul-Hocker, son sus dibujos de las revistas barcelonesas más en



"La fuente de los amores" (Villa Borchgse-Roma)

boga y que daban la sensación de las mejores páginas del *Jugend* ó del *Lustige Blätter*.

Al regresar á España celebra en Lérida una exposición de sus obras que le valió una pensión de la Diputación provincial para ampliar sus estudios en el extranjero. Esta segunda vez elige el notable artista á Italia.

De esta fusión de los años de arte alemán con los años de arte italiano, el excelente temperamento de Gili Roig se depuró, se ennoblecó hasta alcanzar la suma de cualidades técnicas que han hecho de él uno de los pintores más notables de Cataluña.

ooo

Gili Roig está en posesión de varias recompensas, entre ellas el primer premio en el concurso de plafones decorativos celebrado en Barcelona el año 1905.

SILVIO LAGO



"Añoranza", cuadro de B. Gili Roig

Páginas amenas de la Perfumería Floralia



LA MOZA QUE FUÉ MAYA Y PRINCESA

LECTORAS: ¿Queréis saber la historia de la famosa Princesa que se llamó *Floralia*? Pues oid:

Ocurrió en los prosaicos días de este siglo. Cuando ya las sirenas del mar no atraen con sus cantos á los navegantes, ni los gnomos blanden sus doradas piquetas en las entrañas de la tierra, ni las náyades viven en los lagos dormidos y encantados, ni en las fuentes misteriosas y escondidas tienen su alcázar las ninfas y las xanas.

Pero en un lugar de España, de cuyo nombre no quiero acordarme, ni hace falta para la veracidad de esta historia, vivía una gentil mocita que sabía poner en todos los actos de su vida un poco de arte y un poco de corazón. Era blanca y rubia como Ofelia, y tenía los ojos azules y ensoñadores, como la heroína de una leyenda de Bécquer. Se llamaba... no sé cómo se llamaba, porque yo la conocí cuando ya había sido proclamada Princesa y todos la nombraban por el poético y armonioso nombre de *Floralia*.

Estaba la mocita en la flor de la juventud, y cada noche tenía un nuevo sueño, azul ó rosa, que son los más bonitos, según los poetas de todos los tiempos. Cuentos, por lo tanto, de serenatas nocturnas, galanes rondadores y pláticas amorosas en la reja guarnecida de rosas y plateada por la luna.

Con la venida de la Primavera, las muchachas del pueblo pensaron en alegrar las horas de todo un día celebrando la fiesta de la Maya.

Se reunieron, pues, las más graciosas y pintureras y diéronse á pensar quién merecía ser elegida Maya. Todas ellas creían merecer la elección y la deseaban con disimulada coquetería, para poder engalanarse con los cintillos más vistosos y las más perfumadas *Flores del Campo*. Pero al fin fué elegida la mocita blanca y rubia como Ofelia.

Ensalanada fué la favorecida con el más brillante vestido que se encerraba en el arcón de roble, macizo y familiar; ciñóse la garganta con finos collares de oro y aljófar; prendióse el cabello con horquillas y peinetas de carey y adornó el corpiño y la falda con guirnaldas floridas y olorosas.

Cuando las demás mozas que formaban su corte la vieron tan maja, la encaramaron en el estra-

dillo que había de servirle de trono, donde era, una reina de la Belleza y del Amor.

Así estuvieron, de fiesta y holgorio, hasta que vino la noche, y con ella el silencio y la quietud.

Aconteció después lo que fatalmente acontece á todas las mocitas que sirvieron de Maya alguna vez: Que los mozos le volvieron la espalda y ya no hubo en su reja serenatas ni rondadores. Con lo cual, la moza blanca y rubia como Ofelia, no tuvo ya sueños azules ó rosa, y se vió del vestido de novia y del matrimonio tan lejos como la tierra de la luna. Se puso triste, muy triste, y se pasaba muchas noches de claro en claro, y muchos días de turbio en turbio, llorando á lágrima viva. Su cara, antes encendida, empalideció hasta ser de azucena; sus ojos perdieron su pasada serenidad de cielo estrellado; sus labios fueron un clavel marchito, y su cabello, que fué de oro, le caía en rizos descoloridos y lacios.

Una vieja del pueblo acertó á pasar un día junto á su reja.

—¿Por qué lloras, mocita?—le preguntó.

Y ella contestó, trémula y compungida:

—Por la belleza y la alegría que perdí.

—No te apures, mujer. Busca para tus ropas el agua más perfumada y el jabón más oloroso para tus manos. Verás volver la alegría á tu cuerpo y el amor á tus ventanas y serás hermosa y solicitada como una reina.

En la mocita renació la esperanza.

Ella sabía que en los campos y en los jardines hay margaritas silvestres, lirios morados, campanillas azules, nardos gentiles, rosas, azucenas y claveles de rico y variado perfume; pero, ¿dónde hallar el agua olorosa y el jabón exquisito que tuvieran secuestrada la esencia de las flores?

Un día vagaba por los campos, sola y entristecida, maldiciendo de la fiesta galana en que fué Maya al venir la Primavera.

De pronto vió venir hacia ella un caballero desconocido, vestido con gentil elegancia. Era como una de esas quiméricas apariciones de los cuentos y las leyendas. No era, sin embargo, un guerrero que cabalgaba sobre recio y bruñido arnés, ni venía sobre un cisne, como Lohengrin. Mucho menos, era como el negro jinete de las armas pa-

vonadas de la primo-osa «figulina» benaventiana. Era un caballero del siglo, con amplia capa y alto sombrero reluciente.

La mocita le miró sorprendida y se detuvo cuando le vió acercarse decidido y galán.

—¿Qué buscáis por estos campos solitarios?—le preguntó el desconocido.

La moza contestó.

—Busco un agua más olorosa que la que mana de las peñas de esta espesura y una esencia que contenga el perfume de todas las flores que son gala de los más espléndidos jardines. Necesito que la alegría y la belleza vuelvan á mi rostro, que antes tenía la luz de una alborada de Mayo.

—No busques más. Perfuma tus ropas con *Colonia Flores del Campo*. Verás que es un agua que hace milagros. Lava tu rostro y tus manos con *Jabón Flores del Campo*. Te verás otra vez alegre y bella. Toma... Cuando te veas hermosa y haya galanes que te admiren y mujeres que te envidien, acuérdate de *Floralia*.

Así diciendo, le dió un frasco de Colonia y una caja del maravilloso Jabón.

ooo

Al otro día, la mocita tenía el pelo como el oro, las mejillas como rosas y los labios como un clavel. A sus ojos azules volvió la serenidad del cielo estrellado. Estaba más alegre y más bella que cuando fué Maya en la galana fiesta primaveral. Ya tuvo sueños de serenatas nocturnas y de pláticas amorosas, mientras los galanes le rondaban la reja.

Todas las mozas del lugar le preguntaban quién había hecho tan extraño milagro, y ella contestaba, alegre como un cascabel:

—¡*Floralia!* ¡*Floralia!*!

Por el pueblo se corrió que había venido á enamorarla el Príncipe de un país muy lejano, y que al hechizo de sus palabras debía el florecimiento de su juventud. Como era hermosa y buena, las mozas la proclamaron princesa, seguras de que algún día el misterioso galán iría á buscarla, haciéndola su esposa. Y desde entonces la llamaron la Princesa *Floralia*.

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EVITANSE
TRATANSE
CURANSE
TODAS LAS ENFERMEDADES

DE LAS
Vias Respiratorias
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA
ANTISÉPTICAS

Pero no se responde del éxito sino empleando

**LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA**

EXIJANSE PUES

en todas las farmacias

En **CAJAS** de à Ptas. 4.50

con el nombre **VALDA** en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES : **Vicente FERRER et C^o**,
BARCELONA.

Formula :
Menthol : : : 0.002
Eucalyptol : : : 0.0005
Azulcar-Toma.

AVISO

Se advierte al público que desde el día 1.º de Enero, las horas de oficina en la Redacción y Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, serán de ocho de la mañana á dos : : : de la tarde : : :

**CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO**

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

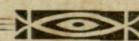
confeccionadas con gran

lujo



PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1916

A 4 pesetas el juego para un semestre



SE VENDEN EN LA **Prensa Gráfica (S. A.)**
ADMINISTRACIÓN DE

HERMOSILLA, 57 MADRID

ACABA DE PONERSE A LA VENTA

EL NUEVO LIBRO DE

DIONISIO PÉREZ

POR ESAS TIERRAS...

(Andanzas, viajes y meditaciones de "Mínimo Español", con antecedentes de la vida de este disminuido compatriota)

UN TOMO DE 300 PAGS., 3 PTAS.

De venta en casa de la Vda. de Pueyo, Abada, 19, y en esta Administración

Para pedidos en la República Argentina dirigirse á ORTIGOSA Y C.º, Rivadavia, 698, Buenos Aires

IMPOTENCIA curada infaliblemente por las "PILDORAS HERIAL"

10.35 pts. la caja, 27 pts. las 3 cajas franco. Folleto gratis. Farmacia LAIRE, Div. O, 114, r. Turenne, Paris.

CALVACHE

FOTÓGRAFO

16-Carrera de San Jerónimo-16

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado



Sew-E-Z

MOTORCITOS ELÉCTRICOS
PARA
MÁQUINAS DE COSER
VALLET, FIOL Y C.^a

S. en C.

Provenza, 165 á 173, Barcelona

No se fatigue cosiendo á máquina. Provéala de un motorcito "Sew". Duplicará la producción y ahorrará usted tiempo y dinero

Nada hace falta para aplicar el motorcito "Sew-E-Z" á la máquina de coser

Funciona indistintamente con corriente alterna ó continua 100—1250

•••••

Consumo á plena carga: 50 watios hora

Gasto de sol á sol:
¡¡6 1/2 céntimos!!

□ □ □

Precio: 125 pesetas



Lea Ud. los miércoles **MUNDO GRÁFICO** 20 cts.

PRECIOS

FRASCO GRANDE
3,50
pesetas

FRASCO PEQUEÑO
1,50
pesetas

"EMBROCACIÓN ESPAÑOLA GIL"

Depositarlos en las Palmas
(Gran Canaria):
Señores **MEDINA Y PAMIES**

REPRESENTACIÓN GENERAL DE LA "EMBROCACIÓN ESPAÑOLA GIL" AGUIRRE, 5

MADRID

Lubrifca, vigoriza y tonifica los músculos. Prepara admirablemente para la resistencia en todo ejercicio físico y en todo trabajo corporal. Evita la fatiga y es el lenitivo más eficaz del cansancio.

res. / 137